

TUPAC YUPANQUI

EVOCACIONES DE UNA TRAGEDIA

1933



QUITO · ECUADOR

Talleres Gráficos de la Escuela de Artes y Oficios

DEDICATORIA:

**AL Sr. TENIENTE CORO-
NEL Dn. MIGUEL A. TAPIA
S., PRIMER COMANDANTE
DEL BATALLON NUMERO
3 "PICHINCHA", MUY RES-
PETUOSAMENTE**

El Autor.

LECTOR:

ESTAS PAGINAS, IMPRESIONES AMPLIAMENTE SUBJETIVAS, REALIDADES SENTIDAS Y VIVIDAS EN UN LIMITADO TRECHO DE ACCION, NO SON, POR NINGUN CONCEPTO, LA HISTORIA DE UN BATALLON QUE CON SUS ERRORES Y SUS TRIUNFOS CONTRIBUYO EFICAZMENTE A RESTABLECER EL ORDEN Y LA PAZ EN LA REPUBLICA. TAMPOCO SON UNA ACUSACION. LLEVAN SI, EN LO REFERENTE AL "PICHINCHAN", ANOTACIONES CRONOLOGICAS EXACTAS PARA QUE PLUMAS MAS AUTORIZADAS, CON MEJORES FUENTES Y UN CAMPO MAS VASTO DE ACCION, PUEBAN HACER LUZ A LOS MULTIPLES ASPECTOS DE UNA TRAGEDIA SIN PRECEDENTES EN LOS ANALES DE LA VIDA NACIONAL.

El Autor.

E V O C A C I O N E S
D E U N A
T R A G E D I A

I

Viernes, veintiséis de Agosto

La inquietud era desconcertante. Las noticias de la capital, casi todas antojadizas, desfiguradas, alarmantes. La prensa de Quito se esperaba con ansiedad.

En el cuartel, la tropa, como siempre, lo ignoraba todo.

Los rumores callejeros los comentábamos según nuestro mejor entender.

En el horizonte se reflejaban perspectivas sombrías.

* * *

Sábado, veintisiete

El Horario se cumple con regularidad. A las siete de la mañana se ordena la suspensión del trabajo.... Los temores se acentúan. La zozobra

aumenta. Algunos se concretan a juegos deportivos; otros, formando corrillos, inquirimos noticias, comentamos, discutimos.... en falso.

Ocho y media. El corneta de servicio "toca tropa" (con tres puntos). Es orden del Primer Comandante. Formamos con una rapidez sin igual, movidos por la fuerza de la curiosidad.... Nuestras miradas escrutan ávidas. El silencio es asombroso. El Jefe nos dirige la palabra.....

Un estiramiento (posición firmes) enérgico, arrogante, altivo, responde a su llamada.... Nuestra atención se concentró en él.

"Este momento, nos dijo, acabo de recibir las siguientes comunicaciones telegráficas:

Telegrama de Ibarra, Agosto, veintisiete.

"Buenos días Comandante Tapia.—Seguramente oficinas telegráficas de Quito, estarán en manos de parte guarnición ésa en que se dice piden la reconsideración de lo resuelto por el Congreso. Unidad mi mando mantiénese leal a los dictados del Poder Legislativo; no es el Ejército, ni menos parte de éste quienes pueden dirimir situación del país. Ministro de Guerra púsome Circular, que en esta hora tendrá sus manos. He ordenado regrese tren ordinario por si hubiere necesidad movilización "Calderón". Creo yo conveniente que su Unidad o parte de ella marchara Ibarra. Saludo.

(f.) **Comandante Rivadeneira"**

"La Circular a que hace referencia el Comandante Ribadeneira, es esta, continuó el Jefe:

Telegrama de Quito. Jefe "Pichincha".

"Acaba de producirse en Quito, en parte de la guarnición, un movimiento político. Aliste sus contingentes para órdenes posteriores. Gobierno ha declarado el Ejército en campaña. Movimiento carácter Bonifacista.

(f) **Ministro de Guerra.**

"Ante situación tan difícil, de mutuo acuerdo con el Primer Jefe de la "Calderón", he resuelto movilizar inmediatamente un contingente de cien hombres, al mando del señor Mayor Segundo Comandante"

Y luego nos arengó convencido, sereno, lleno de firmeza, confiado, con esa entereza de carácter propia de las conciencias limpias:.....

Nos retiramos. La adhesión nuestra era absoluta.

"Con este Jefe nos vamos donde quiera", decíamos algunos atraídos por la confianza de su resolución inquebrantable:

* * *

Media hora después el clarín de guerra nos volvía a reunir para hacer la destinación del personal que debía representar al "Pichincha" en la emergencia de la capital. Dos Compañías se organizaron rápidamente. Los oficiales designados para cada

una de ellas, indicáronnos las prendas que debíamos llevar, y nos retiraron para que arregláramos el equipó. La hora de partida quedó fijada para las once. Debíamos marchar después del almuerzo.

Iniciamos las labores con la celeridad propia de las exigencias del momento.

El contingente de la primera Compañía, como seguramente estarían de las demás, estábamos listos, cuando la corneta volvió a dejar oír su voz desafiadora; corrimos vertiginosamente y formamos en el patio.

En el corredor oriental, junto a la "prevención del cuartel", hallábase el señor Primer Comandante. Tenía en las manos unas hojas telegráficas. Hizo suprimir todo parte, y, vibrante, indignado, leyónos las comunicaciones que aclaraban la situación de la capital.

"Telegrama de Ibarra, Agosto 27.

Comandante Tapia: Sirviéndonos del telégrafo del ferrocarril hemos llegado informarnos que Regimiento "Bolívar" y "Constitución" atacaron Batallón "Montufar" que encontrábase Quito, viéndose esta Unidad obligada replegarse Sur, con probable objeto reforzarse con Unidades leales; dicen que banda "Sucre" encontrábase Quito, se retiró Sur buscando su Regimiento. Informan también que movimiento en su mayor parte está dirigido sólo por tropas, sin comando oficiales, quienes abandonan cuarteles; que Regimiento "Yaguachi" hace valiente resistencia. Esta situación impone rápida movilización sus tropas. Sin embargo, me parece pru-

dente el esperarlos para acordar disposiciones en acción conjunta. Suplícole trasladarse rápidamente sobre ésta. Señor Gobernador Dávila ha impartido órdenes para que carros avancen hasta el Chota; indíquenos hora que deben estar carros en puente.

(f) Comandante Rivadeneira"

Y volvió a arengarnos.

¡Cómo recuerdo sus palabras!

“¡Soldados del “Pichincha”! nos dijo:

“Como véis, en este momento, Quito, la ciudad luz, hállase envuelta en un torbellino de ambiciones monstruosas. Parte de la guarnición de la capital intenta imponer al Congreso, seguramente impulsada por fuerzas extrañas, la reconsideración de su fallo en contra del señor Bonifaz. Nuestra misión es, soldados, acoger los dictados del primer Poder de la República. No tenemos otro imperativo más que aquel que nos señala la Ley, ni otra consigna que la que nos impone la conciencia de soldados honrados. El “Pichincha”, Batallón de gloriosas tradiciones, creo que no empañará el brillo de su prestigio legendario. Hay en él oficiales dignos y una tropa consciente. Siéntome orgulloso y confiado. La actitud de la “Calderón” es definida. La convicción de su Jefe está sintetizada en estas palabras: “Espero que tropa “Pichincha” llegue ésta para movilizarme. Por la Patria y por la Ley,

lema de la "Calderón".(1) "El nombre de la "Cima Sacra" donde se reflejan hasta hoy las aureolas de la Libertad, el Pichincha, y de Calderón, el "Héroe Máximo" de esa epopeya magna, serán soldados, nuestro baluarte y nuestro símbolo. "Calderón" y "Pichincha" vamos a marchar unidos "Por la Patria y por la Ley."

¡Soldados! ¿Estáis resueltos a rendir el tributo de sangre si éste es necesario para mantener incólume el honor de la República?

Un extentóreo "Si mi Comandante", hendió el espacio como una protesta de adhesión a tan halagadora finalidad.

¡Vamos a marchar todos!"

"Soldados: ¡Viva la Patria! ¡Viva el Congreso Nacional!

¡Viva el Ejército!

¡Viva!, contestamos todos, poseídos de un entusiasmo indescriptible... Y saltando jubilosos, lanzando las gorras al aire, en medio de un bullicio ensordecedor, corrimos a nuestras respectivas "cuadras" a continuar el alistamiento, los que ya teníamos iniciado, y los demás, a principiarlo.

* * *

A las once, como de costumbre, almorzamos.

En seguida, con una actividad prodigiosa, arre-

(1): La correspondencia a estos telegramas, debe reposar en el archivo del Señor Primer Comandante del Regimiento "Calderón".— N. del A.

glamos las prendas personales para enviarlas a nuestras habitaciones particulares.

El movimiento en la ciudad era inusitado.

La aglomeración de la muchedumbre, como suele suceder en casos análogos, enorme. Una masa compacta, como un oleaje, intentaba invadir la puerta de la prevención para despedir a los suyos.

A la una de la tarde, las Compañías, armadas y equipadas, formaron para "armar pabellones".

La orden de marcha estaba dada para las dos.

* * *

Se tocó el primer "toque de marcha" a la una y media.

Mandaron a las armas, y los Comandantes de Compañía hicieron la designación de sus oficiales a los pelotones respectivos.

La primera Compañía estaba constituida por tres oficiales y treinta y ocho individuos de tropa. A esta repartición ingresó el cadete Carlos A. Saa.

El Batallón estaba formado por tres Compañías de Fusileros y una de Armas Pesadas.

Las Compañías de Fusileros con la dotación completa de armas livianas.

Organizadas en la forma indicada, a la una y cincuenta, en medio de una desbordante muchedumbre que obstruía insistentemente la columna de marcha, y ante el quejumbroso gemir de las madres, el sollozo conmovedor de las esposas, las sonrisas angelicales de los pequeñuelos que cogidos de las

manos de sus familiares no presentían siquiera la orfandad y la miseria en ciernes; ante el silencio cauteloso de las novias temerosas que acaso dejaron caer una lágrima furtiva, lejos del cuartel, en el cruel abatimiento de sí mismas, y el alentador estímulo de una numerosísima legión de héroes de antaño, mártires de ayer y vengadores de mañana, iniciamos la marcha sonrientes, animosos, viriles, y también, ¿y por qué nó? tristes, con el alma herida y con el corazón destrozado... ¿Acaso, los soldados, no éramos hombres también?... Sí, el soldado, a pesar de su aspecto hosco y rudo y de su temperamento altivo, y hasta cierto punto preponderante, adquirido en el ejercicio de su profesión, es un ser sentimental: como hombre, su principal afecto es el amor; en consecuencia, tenía que estar íntimamente ligado a todo cuanto en la plaza de su guarnición amaba y veneraba; y, al dejar aquella, desprenderse, destrozando los más caros afectos del corazón, quizá con lágrimas, pero valientemente, para seguir el camino de la vida: ese torbellino en el que todos nos confundimos como hojas secas del árbol desprendidas, acoquinados por el infortunio y el dolor, para caminar de fango en fango, desdeñando el pasado, despreciando las pulsaciones del presente y mostrándonos ciegos ante las perspectivas del porvenir: unos cegados por el egoísmo, otros envenenados por pasiones mezquinas, aquéllos preñados de odios y venganzas personales, y todos, con un profundo menoscabo para esta era de civilización y de cultura encaminándonos a la destrucción, a la muerte, acen-

tuando más aquella vieja sentencia de que "el hombre es el lobo del hombre"; pero como soldado, como depositario del Iris Nacional, tenía que elevar ese sentimiento de amor por encima de toda pasión como una manifestación absoluta de adhesión a la Patria, en la que hállanse comprendidos todos los afectos y todos los quererres.....

Y cruzamos las calles de Tulcán con la fusión de todos aquellos sentimientos antagónicos, muchos por última vez, dejando ese nido de águilas luchadoras, en donde, durante toda nuestra vida de guarnición, sólo palpamos el caluroso afecto de hermanos y saboreamos el néctar delicioso de la comprensión que brinda el cariño de las madres....

Y la ciudad ocultóse tras las colinas tapizadas de verdor.... Y seguimos la marcha por el camino lejano.... Y ascendimos a "La Parada" llevando en el alma la convicción de mantener incólumes las tradiciones de gloria del Batallón y de luchar hasta agotar el último esfuerzo para restaurar el Honor de la Patria tan ultrajada y envilecida entonces....

* * *

Pronto las sombras de la noche vinieron a cubrirnos con sus negros crespones; pero el entusiasmo, esa llama vivificadora que cuando alienta a las multitudes es una fuerza dinámica de inapreciable valor, germen que fecunda grandes empresas, no decaía.... Acompañados de aguerridos legionarios de todas las clases sociales de Tulcán que alimen-

taban en sus almas un ferviente anhelo de vengar a los queridos caídos en la ciudad natal, más que una ansia renovadora, agrupados en torno de algún irónico que con sus chascarrillos hacía más halagadora la travesía, caminábamos ligero, con ese pasito, menudo y rápido, que suelen acostumar los moradores de nuestras serranías....

—¡Avanzar! ¡Avanzar! ¡No quedarse! se oía de cuando en cuando las voces de aliento de los oficiales.... ¡No quedarse! repetía por allí algún clase que secundaba la labor de los superiores....

—¡Primera Compañía! ¡Adelante! decía yo como un grito de estímulo para aquellos muchachos que los conocía un tanto débiles por falta de entrenamiento.

* * *

Los legionarios de Tulcán, como los llamé yo, que venían a caballo, ayudaban los fusiles a los que demostraban mayor agotamiento.

Luego los vehículos continuaron su labor recomendable. Venidos de Tulcán a donde horas antes pasaran a estacionar a los pasajeros procedentes de Imbabura, todos los carros conducían, como era natural, a los más fatigados. Algunos cabalgaban acémilas cogidas en el páramo.

Con este sistema de transporte, rápidamente fuimos reduciéndonos los que caminábamos a pies.

Un pelotón de la Primera Compañía, comandado por el señor Teniente Rosero, nos embarcamos

en los últimos vehículos, a siete kilómetros de "El Angel".

Por el chauffeur de uno de aquellos carros supimos que una fracción del "Pichincha", había sido saludada en "El Angel" con algunos disparos de fusil, ventajosamente, sin resultado alguno.

Allí dejamos cinco individuos para que vinieran con las acémilas y partimos.

"El Angel" pasamos sin novedad.

Domingo, a las cinco y tres cuartos de la mañana, las sirenas de nuestros dos carros, que eran los últimos, pitaban frente al cuartel de Ibarra.

Habíamos llegado.

Rendidos, todos buscamos un lugar de reposo.

Indicados aquel, continuamos el descanso reparador.

Ibarra. Agosto veintiocho. Domingo.

Ibarra, la gentil ciudad imbabureña, con todos sus matices, plena de sublimidades.... El mismo albor de sus mañanas, sus colores.... la faz serena.. El sol esplendoroso con auras de fúlgidos cristales. De sus airosos templos el mismo son de las campanas.....

Ibarra, "La Sultana de los Lagos", con todos sus encantos y con todas sus bellezas:

sus rumores,
sus murmullos, y
sus corrientes....

¡Ibarra....! El jardín de ensueños florecidos, el cálido sitial de muchas vehemencias satisfechas, el sarcófago de no pocas esperanzas marchitas, muertas....

¡Ibarra....! ¡Ah! ¡Ibarra! La misma policromía del paisaje con toda su divina belleza.... Las colinas verde obscuras, el "Imbabura" majestuoso, la cima nívea del "Cotacachi" confundándose con un inmenso girón de cielo azulado.... y, en un armonioso y magnificente conjunto, entrelazados el verde esmeraldino de los pastos extensos con el áureo color de los trigales....

En ella, alimentada con la savia fecundante de mis evocaciones profundas, plenas de visiones lejanas, fantásticas, desvanecidas, florecía, armónica, mi sentimentalidad palpitante....

Mi semblante, seguramente, reflejaría la tormenta interior, esa intensa inquietud que eleva a las almas a la substanciación lucubranste de las horas de dolor....

Abierto el cofre del corazón para esparcir el secreto de sueños fencidos, en aras del Recuerdo que perfuma y conmueve, sufría y gozaba....

La vida es así.... Un paisaje embellecido con el tinte armonioso de colores vivos y opalescentes... Nadie goza solamente de placeres.... todo mortal es dueño del gozo que le brinda una pena.... ¿No van, en el sufrir, siempre en armonía, el llanto y el consuelo, el dolor y la esperanza....? ¡Sí! La alegría y el placer, el llanto y el dolor, siempre son necesarios para sorber la esencia de la vida....

Con el placer y con el llanto las penas se suavizan.... pensaba.... Y así, alejado en un rincón solitario, inmóvil, taciturno, meditaba en la borrascosa tempestad de la lejanía, e ignorando lo que me podía acontecer, despetalaba, como flores, mis afanes y mis quererres....

El vibrante son del clarín de guerra de la "Calderón" que "tocaba tropa" con el "Pichincha", me despertó del mutismo. Me levanté airoso y encaminé mis pasos al lugar de reunión

Muchos habían partido ya.

Almorzamos. Eran las nueve de la mañana.

Después, como los demás, me dirigí a la "azotea".

Ibarra, como Tulcán, a la zazón, encontrábase alarmadísima.

La apacible calma de la "ciudad conventual", por el movimiento inusitado de la muchedumbre flotante, "como en todas las jornadas que demandaban su comprobada y leal valentía y los no menos titánicos esfuerzos del trabajo abnegado y constante", hallábase alterada. La amplia plaza de la "Merced" tenía el aspecto multicolor de una feria dominical.

Las noticias eran cada vez más desesperantes.

Allí decíase haber habido una conferencia telefónica con los fugaces "Dueños del Poder" en la que el Jefe del "Pichincha" había hecho traslucir su energía y su resolución inquebrantables.

Y luego se rumoreó la marcha rápida del Primer Jefe con algunos oficiales a Otavalo, a la recepción de una comisión que según comunicaciones fidedignas, debía llegar de Quito para conferenciar con los Jefes del "Ejército del Norte". Los comentarios al respecto eran antojadizos, diversos.

Y continuó la rápida concentración.

Todos los vehículos de la plaza, con pequeños intervalos, desarrollaron una actividad vertiginosa conduciendo al Batallón.

Tocóme el turno. Dejando la casona monumental, me alejé "bajo el pardo sayal de mi melancolía".

* * *

Pronto alcanzamos San Antonio.

Y luego la travesía de Arcos. A pocos kilómetros al Oeste se divisaba Atuntaqui.

Y me dije en el mutismo: allí queda mi pueblo...

Y volví, triste, la mirada hacia el inmenso valle, do, como una sombra gris, se extendía, en esos campos llenos de verdor, mi pueblecito amado....

Y desde el camino lejano, a través de la ventanilla del carro, contemplé el hermoso tapiz de sus praderas, y ví suspendida, cual un globo cautivo por entre la arboleda, la media naranja de su templo, y sombreadas por las coposas enramadas, los techos grises de sus casas.

Y con mi espíritu recorrí sus campiñas florecidas donde otrora contemplara las galas de la naturaleza pródiga...Las parcelas íntegramente cultivadas; las plantas y las mieses; los eucaliptos gigantescos; las dehesas, los rebaños, los toros enhiestos..., el río con sus ondas y el sol que fulgura; los días risueños, sus atardeceres, las alegrías del crepúsculo y sus noches de luna...El solar bendito, la chocita solariega confundida entre las frondas...todo en una solemne pomposidad arrobadora, envuelto en un sutil velo de tristeza...

Tenía un amargo desconsuelo... La imaginación divagaba incierta, e inútiles eran mis esfuerzos por adivinar siquiera un algo de lo que en los días por venir me esperaba: latente estaba en mi memoria el recuerdo de los seres queridos...

Y aquello me inquietaba, me conturbaba... apenas podía dilucidar que mi destino iba tornándose cruel; mi existencia en esos momentos se asemejaba a una noche de invierno, oscura y tenebrosa: ciertos presentimientos que se agolpaban en mi corazón eran como el trueno cuando la tempestad anuncia...

La vertiginosa velocidad del vehículo aumentaba mi incertidumbre...

Y así, exhalando suspiros de tristeza, con el alma contristada, llevando en la mente el recuerdo del patrio solar luengos años abandonados, confundímonos en las tortuosidades de la senda, a través de las brumas que cubrían el camino, bajo las hermosas alquerías del bosque de "Agualongo"...

Y me preguntaba:

¿Volveré a contemplar aquellas hermosas colinas, esos verdosos campos, aquellas sombrías arboledas donde, solitaria, como prisionera, se levanta mi casa solariega...? ¿Volveré? ¿Cuándo? ¡Ah! Eran interrogaciones que laceraban en esos momentos mi vivir, y que, en los arrebatos de mi incertidumbre, me impulsaban a renegar de mi mismo... interiormente.

Pero la voz del deber, que cuando se torna en fuerza es superior a toda voluntad, haciendo resonar en mis oídos los golpecillos de la conciencia por el cumplimiento de una misión ineludible, hizo penetrar en mi corazón, como un hálito, como un bálsamo de consuelo, saludable, un cúmulo de esperanzas: renacieron mis deseos y mis vehemen-

cias Me erguí en el asiento, y, procurando volver a mi temperamento natural, me confundí en el fingido bullicio de los demás.

Era tarde.

Sin darme cuenta, el carro, había estado a dos cuadras del cuartel de Otavalo. De allí regresamos a la estación del ferrocarril: ésta había sido el lugar de concentración.

* * *

Desembarcamos. El señor Oficial aposentador me ordenó:

—“Haga armar pabellones en ese sitio, y en seguida forme la fracción para que reciba el “rancho”..”

Esta orden lo cumplí con religiosidad. Dos minutos después, en columna por uno, seguíamos el semicírculo formado por las ollas, a diez metros al Oeste de las paralelas de hierro, junto a un pequeño sañiente de tierra húmeda, removida, contigua a la calle principal que conducía directamente al “Parque Central” de Otavalo.

Principiaba a servirme las apetitosas viandas, cuando lo fuí sorprendido por un grito lejano que llamaba por mi nombre; alguien, seguramente, indicó el lugar en que me encontraba, porque, instantes después, tuve junto a mí al soldado Cruz Suárez de la Primera Compañía, acompañado de sus familiares, los cuales me invitaban al almuerzo en su casa, situada a pocos metros del lugar en que nos hallábamos.

Nos fuimos. Y como es natural en circunstancias en que al efecto se une la desesperación, atendíronnos con demasiada acuciosidad, con selectos y abundantes manjares, cual si presintieran que esa era quizá la última vez que su hijo querido compartiría el cálido consorcio familiar.

El ferrocarril anunció su partida con sus dos rituales pitadas sonoras y confundióse en el zig-zag de la floresta. En él iban el Regimiento "Calderón" y una Compañía de nuestra Unidad.

Y luego sonó el pito, seña de reunión; sin poder permanecer más tiempo, nos despedimos con un "adiós" sentido con el alma y pronunciado con el corazón.

—“Por Dios mi primero, me decía la señora madre, no le dejaré a mi hijo, verásen como hermanos”.

Y yo, comprendiendo lo doloroso del momento, para atenuar aquel trance tan conmovedor, le dije:

Señora: ante todo, no me disminuya el título; yo no soy hermano; para ellos, para los de mi Compañía, soy padre; así que, si Ud. me recomienda como a tal, haré lo posible por no dejarle.

Y ella, sonriente, me contestó:

—“Gracias, mi primero, gracias”.

¡Ah! cómo es preciso, en veces, engañarse a sí mismo, sonreír, para con esa sonrisa, como con una máscara, cubrir el velo de tristeza que se asoma al semblante.

Los dos, madre e hijo, permanecían abrazados. Para desprenderlo de los brazos de la madre, fué

preciso arrancarlo, destrozarlo, como se destroza y arranca una rama seca del árbol para echarla al fuego....

Media hora después, por la carretera, una densa columna de polvo, indicaba la presencia de los vehículos que conducían "la carne de cañón".

Otavalo ocultóse en la oquedad de su valle pintoresco, y, como una visión, contemplamos el panorama excelso de la laguna magnífica: San Pablo... La mejestuosidad de las colinas daban al paisaje un tinte de belleza sin igual.

"González Suárez" atravesamos velozmente. Cruzamos la odorante floresta, dominamos el "Nudo de Cajas" y descendimos al pintoresco valle de Cayambe.

* * *

En la lejanía, una mancha grisosa del bosque denso, indicóme el asiento de la ciudad.

El "Cayambe", aureolado por los fúlgidos destellos del atardecer, lucía majestuoso la cima nívea.

La tarde era bella. El sol con sus refulgentes rayos imprimía a la campiña un vivo matiz.

Los montes, las corrientes y los bosques; las quintas solariegas, magnificentes; el césped de los pastos extensos; los rebaños y las aves, etc., en armonioso conjunto, aumentaban la excelsitud del panorama inmenso.

Todo era bello, magnífico. Y sin embargo, para mí, no existía nada, estaba desierto....

Con el espíritu, en alas del recuerdo torturador y triste, vagaba por el rinconcito amado; todo estaba deshecho: las rosas deshojadas por la lluvia, el nido destruído por el viento; la grama abandonada... No se oía el rumor de la brisa en la enramada, ni del ave el dulce trinar... Los ensueños habíanse desvanecido... La esperanza estaba doblegada al furor del desengaño... Nada existía del amor mío... En la senda tatuada de abrojos y de espinas, se ocultaba la imagen de ella entre las brumas del olvido....

Y anhelaba, con todo, que la caravana hiciera alto allí para volverla a dedicar, junto con mis gritos y con mis cantos, los raudales de mi pena....

Pero mis vehemencias, como el polvo, desvaneciéronse al fugaz soplo del viento, y los vehículos, por temor a la población hostil, cruzaron Cayambe con una celeridad sorprendente.

Al pasar, mi alma quedó impregnada de un afán y de una sonrisa... insatisfechos.

* * *

Seguimos la travesía. Una densa columna de humo se ocultaba en la loma lejana, estéril. El tren avanzaba.

En la recta del camino anchuroso, cerca del puente del río "Guachalá", hicimos alto para detener a un automóvil que venía en dirección opuesta. Una comisión del Regimiento "Calderón", presidida por el señor Mayor Rodríguez, había venido en él. Ha-

blaron con algunos oficiales y luego con el Jefe. Y continuamos.

Al cruzar el "Guachalá", fuimos encontrados por el señor Teniente Gonzalo Rosero, quien, según informaciones ulteriores, había sido portador de comunicaciones procedentes del Comando del "Ejército del Sur". Juzgo fueron las primeras órdenes directas emanadas de la Superioridad.

* * *

El sol se ocultaba. El horizonte principiaba a cubrirse de sombras. La noche se aproximaba lentamente. Avanzábamos al influjo de tétricos presentimientos....

Llegamos a Cusubamba cuando densas tinieblas, cual manto de luto, cubrían al solitario paraje.

Allí pernoctamos después de una marcha de concentración que es un timbre de orgullo para los del "Pichincha" y una página de gloria para el Batallón; pues, apenas habían transcurrido treinta horas desde que dejamos la plaza de Tulcán, y ya estábamos listos para iniciar las operaciones bélicas.

No nos quedaba sino un paso difícil y peligroso: el "desfiladero" del puente sobre el río "Guayllabamba" que, según nuestra hipótesis, podía estar fuertemente defendido.

Tocóme permanecer de vigilancia en el carro que nos conducía, en compañía de un individuo.

Con un pequeño servicio de seguridad la noche pasamos sin novedad.

I I I

Alborada del día veintinueve. Lunes...

Por el horizonte la aurora, besando a su paso el sutil raso de las cosas, misteriosa avanzaba, saudadosa y leve... Cantaban las aves. Los árboles, movidos por la brisa, salmodiaban su canción de amor: el murmullo de su canto llegaba hasta mi refugio áspero, duro.....Aterrado por el viento helado me desperté.... Desaparecieron los misterios de mis sueños, y, las sombras anónimas y miedosas de la noche, dejaron el paso, trémulas, al día que se aproximaba lentamente.....En el Oriente centellaba la matinal estrella, y, en beso ardiente, hondo y callado, iban confundiéndose, paulatinamente, el vaporoso tul del paisaje andino con el primoroso azul del cielo despejado. La naturaleza semidormida repercutía en el ambiente perfumado la canción doliente de la vida..... Nos levantamos..... despercezáronse nuestras almas rendidas y seguimos y seguimos el raudito viajar por el desolado camino.....

Llegamos a Guayllabamba. Eran las seis de la mañana. Desembarcamos. Armamos pabellones y nos retiramos. Todos los vehículos regresaron a conducir al personal de la "Calderón" que debía seguir la misma ruta.

En la plaza veíamos oficiales extraños. El

Mayor Cueva y el Capitán Heredia Yépez estaban con nosotros.

Desconfiábamos de ellos, y, como de costumbre, vagamente, aclarábamos algunas consideraciones inciertas.

Confirmóse, además, que una comisión de la tropa sublevada de Quito había llegado por la noche a Cusubamba. El Primer Comandante habíales despachado indignado. Alguien intentaba adivinar también el resultado de la conferencia de Otavalo. Se hablaba de compensaciones y de honores ofrecidos. Era posible aquello, pero, según decían, no había habido en ella, como no podía haber jamás, claudicaciones infamantes. El lema de: "Por la Patria y por la Ley" era, y seguía siendo, definido, concreto. Nuestra confianza en los superiores se cimentaba en bases firmes.

Desayunamos. Luego conocimos las primeras noticias detalladas referentes a los sucesos desarrollados en la capital el día Sábado 27, por el diario "El Comercio" que, por casualidad, había conseguido un señor oficial.

A las nueve de la mañana, los de la Primera Compañía, recibimos la orden de marchar como exploradores, para asegurar el paso del puente del "Guayllabamba". Presididos por nuestros oficiales, efectuamos el descenso por la carretera principal sin contratiempo alguno.

Descansamos en el puente y continuamos el penoso ascenso de la "cuesta" bajo la influencia de un sol abrasador.

* * *

Con nuestra seguridad, los carros, como en el trayecto comprendido entre el páramo de "El Angel" e Ibarra, hicieron una labor muy meritoria. La concentración de Cusubamba a Calderón fué halagadora por rápida y ordenada.

El personal de la Primera Compañía, a pesar de la horrible sofocación, solicitó ir a pie, hasta llegar a Calderón, sin tomar carro alguno. Juzgando como una indisciplina este proceder, el Comandante de Compañía, por castigo, diónos el compás: "Uno, dos, tres, cuatro"... Con este ritmo, avanzamos un trecho considerable, hasta que el Capitán, fatigado, rendido por los rayos solares que caían casi perpendicularmente, tomó un carro y partió con algunos. Quedaron a mis órdenes un núcleo de catorce individuos, los cuales, vehementes dijéronme:

—"Mi primero: de aquí, nos vayamos al trote hasta Calderón. ¿Sí?" (Faltarían dos kilómetros).

Y yo, rendido también, pero con ánimo suficiente para resistir mayores fatigas, acepté la insinuación, y, formando una escuadra, iniciamos el "trote lento", pero acompasado, con pequeños intervalos de "marcha sin compás", hasta que llegamos al lugar de concentración en medio de la contemplación de los compañeros que nos estimulaban con sus manifiestas sonrisas de entusiasmo.

Un ¡Viva la Patria! estruendoso repercutió en el espacio calcinado; nuestro Primer Comandante, sobrecogido por la emoción, se acercó a la escuadra, y felicitándonos, nos obsequió con un apetitoso "puro" como premio al esfuerzo moralizador.

Momentos después en el consorcio de los oficiales, el Jefe decía: "Pocas veces se observa esto. La guerra con muchachos así no es de temerla".

Eran las doce y media. Descansamos airosos, triunfantes. ¿No era triunfo, acaso, pasar el "desfiladero de Guayllabamba" sin obstáculo alguno? Los ocasionales defensores de la capital habían olvidado este punto importantísimo, el cual, con solo distraer diez o veinte hombres de la numerosa fuerza sublevada, con dos o tres armas automáticas de las que disponían en cantidad considerable, hubieran conseguido, si no destruir, por lo menos detener mucho tiempo, obligándole a otras maniobras, al "Ejército del Norte". No lo hicieron. Descansamos, repito, airosos y triunfantes, y permanecemos, en Calderón, tranquilos.

El altivo grito de:

"El "Pichincha" no tiene caudillo" vino a interrumpir la agradable calma del descanso reparador.

Era la voz de un soldado de la primera Compañía que daba la señal de alerta ante ciertos rumores del conjunto. Estaba allí el señor J. Modesto Larrea Jijón.

Y volvió a repetir:

"El Pichincha" no tiene caudillo".

“¡No tiene”, contestamos a una sola voz. Y siguieron los consabidos comentarios.

* * *

Después de una hora de descanso, en el que nos obsequiaron con pan, queso y chicha, un autobús, conducía al pelotón de exploradores. Iba comandado por el señor Teniente Julio M. Dávila.

Con algunos intervalos de tiempo continuamos los demás. A las dos y media de la tarde, el Batallón, hallábase reunido, íntegro, en la bifurcación de los caminos que conducen a Pomasqui y Calderón.

Media hora permanecemos en este lugar hasta dar facilidades al Regimiento “Calderón”, que seguía por el camino del Batán, a que “emplaze sus piezas”.

Todos observábamos a los salientes que circundan a la capital; algunos, en los espejismos propios de la nerviosidad, creíamos ver individuos aislados a la distancia: era la consecuencia de nuestros temores.

* * *

Serían las tres de la tarde, justamente, cuarenta y nueve horas después de haber dejado la plaza de nuestra guarnición, efectuando una marcha que, como dejo dicho, constituye una página de gloria

para el "Pichincha", el señor Primer Comandante, firmé en su resolución de atacar ese día al cuartel de la "Bolívar"; reunió a los Comandantes de Compañía.

Vacilantes, inquietos, llenos de oscuros presentimientos, acosados por la nerviosidad, esperábamos el resultado de aquella reunión, anhelantes, trémulos.

—"Las Compañías, ¡formar! dijéronnos. Y, en "formación de reunión", escuchamos la orden en nuestros respectivos "repartos". La primera Compañía debía marchar en primer escalón por el camino.

Se tomaron todas las prescripciones reglamentarias, e iniciamos la "marcha de acercamiento", serenos, tranquilos al parecer, pero sobresaltados, mustios.

La Artillería enemiga aun no entraba en acción. La nuestra tampoco dejaba oír su fuego moralizador.

Bajo este ambiente de aparente calma momentánea, en el que reinaba un silencio asombroso, interrumpido de vez en cuando por los movimientos de carga que se efectuaban y por el aprovisionamiento de municiones, sin dificultad, alcanzamos Rumipamba, cuando, de una manera intempestiva, violenta, terrible, sentimos, muy cerca a nosotros, el bombardeo espeluznante, demoralizador... Para mí, como para la mayoría del personal que íbamos a combatir por primera vez, aquello era inaudito, atroz... Cundió el

espanto.... y todos, aterrorizados, en una forma precipitada, no buscamos sino la manera de ocultarnos, de confundirnos, de mostrarnos sordos a aquellas explosiones de terror que sembraban la destrucción y la muerte: unos en las casas, otros en las tapias, aquellos en unas excavaciones hechas en la estación de "tranvías nacionales", éstos en los postes del telégrafo, en los árboles, y todos, tendidos, moralmente destrozados, oíamos el cruzir de los Sharpnells en el espacio insólito.... Las fracciones estaban diseminadas.... Sólo entonces comprendí el porqué de las enseñanzas de las horas de la paz, en las que siempre nos indicaban que este período de la ofensiva, era un período de crisis terrible, demoledora.... Efectivamente, es en estos críticos instantes en que las granadas silban por encima de las cabezas, y que a veces explotan muy cercanas, donde el hombre, el soldado, que todavía se siente hombre porque piensa y porque medita, reflexiona con insistencia en todas las prescripciones de la circunspección y de la prudencia, de la razón y del cálculo, que antes que preparar actos de sacrificio y de heroísmo, actos de abnegación y de valor que impondrá el combate, que exigirá la victoria, se doblega al peso de la vacilación que complica más las operaciones bélicas.

Yo era Comandante de escuadra. Como tal, conocía las enseñanzas de los reglamentos que aconsejan ocupar la cabeza de la escuadra; sabía que como Comandante de aquella tenía ya, en la "marcha de acercamiento", la misión de conducir, de

obrar con mi criterio, de colaborar; de decidirme por la acción colocándome en el punto de vista de mi obligación moral, de mi deber; que debía infundir con mi presencia, con mi palabra, con mi fe, ese ánimo moral que impulsa a seguir adelante, sin detenerse; sabía que la palabra, que el ejemplo del superior son fuerzas poderosas que atraen con la potencia de una conciencia viviente; y aun más, tenía en mi mente clara, definida, la sentencia filosófica de que "no se hacen audacias con prudencia, ni se forjan bravuras con miedo" pero, dominado por el instinto, por la materia, "por la bestia humana", no me atrevía a obrar.... Los ocho hombres de mi escuadra estaban perdidos.... había perdido el comando.... La actitud de las demás fracciones era idéntica..... Inmóviles todos, nadie intentaba avanzar, hasta que la voz de un señor oficial, áspera, ruda, imperativa, potente, con reflejos de una superioridad moral manifiesta, acercándose a los núcleos adelantados, nos dijo:

—¡Muchachos! ¡Avanzar! ¡Con este fuego, mientras más adelante, menos peligro! ¡Vamos a hacer un entrenamiento bajo el fuego real de la Artillería! ¡No temáis!"

Y él adelante, agazapado, cubriéndose por las tapias occidentales de la carretera principal y por las casas, inició el avance.

Ante esta actitud, los que le vimos, seguimos como atraídos por una fuerza eléctrica: las fracciones atrasadas imitaron nuestro movimiento, y continuamos temerosos.....

Momentos después, cuando la "marcha de acercamiento" seguía su curso ininterrumpido, el mismo señor oficial, decía a la fracción en que yo estaba encuadrado:

—“En estos casos el valor, como fuerza moral, no es sino la consecuencia de la honradez; yo tengo la confianza de que los del “Pichincha” somos honrados; luego, seremos valientes”.

Avanzábamos. El crugir de las granadas de Artillería iba alejándose sensiblemente. Habíamos alcanzado Miraflores. La “Calderón” hacía ya sentir la eficacia de su fuego destructor....

* * *

Pronto se dictó la “orden de ataque”... El Primer Jefe estaba con nosotros. Nos ayudaba a bajarnos, a ocultarnos en la quebrada de “Miraflores”.

La primera Compañía debía atacar por el costado derecho; la tercera, por el frente; las dos, segunda y cuarta, constituían el “refuerzo”.

La escuadra de armas livianas “Z B” de la Primera Compañía estaba bajo mi dirección.

Trepamos la zanja del bosque de ciprés. Y allí ordené se haga un “ráfaga”.... y otra:... ;Y había ordenado yo.....! en contra de todo principio rudimentario de ataque, en contra de toda enseñanza.... Es mi error..... Aún no había sonado un disparo de fusil.... Pero es que volvía a sobre-cogerme, a temer.....Volvía a tener esa lucha desesperada con mi propio yo que me ponía por delante el amor a la vida y la idea de la lucha y de la muerte.... Y era preciso aturdirme, exaltarme, a-

traerme a mi mismo, dominarme. ¿Acaso dominándome yo, exaltándome yo, no exaltaba y dominaba a los hombres que estaban bajo mi dirección y responsabilidad? Y es que ellos también eran hombres, y hombres que talvez en esos momentos sentirían y pensarían como pensaba y sentía yo. . . . ¿Quién no teme a la lucha, a la muerte? ¿Quién no piensa en la vida, en esa vida que por mísera que sea siempre se halla impregnada de grandes y bellas esperanzas. . . ? Luego, precisaba exaltar a todos, atraer a todos, dominar a todos, y a todos estimularlos con el más eficaz estímulo del combate: el fuego propio. . . .

* * *

Salte (1) adelante. Los hombres me siguieron. Nos cubrimos, nos ocultamos. Tendidos, no levantamos la cabeza. . . . Nos arrastramos. Luego, nuevas ráfagas. Las fracciones de la derecha disparaban incesantes. Por la izquierda las armas livianas trepidaban continuamente; y eso nos alentaba, nos moralizaba. . . La diferencia del fuego se distinguía palpablemente, sensiblemente; silbaban las balas por nuestras cabezas. El fuego de la terraza del cuartel era nutridísimo. . . Avanzaba. Era otro, éramos otros. Los mismos anhelos de vida y los temores de la muerte, el miedo, ese miedo razonable que nos obligaba a ser cautelosos, prudentes; ese

(1) Saltar, en la terminología militar, significa, en el combate, avanzar trechos de diez, veinte, o más, metros.—*Nota del Autor.*

miedo, nos unía a todos, nos acercaba, nos hacía sentir ese compañerismo fiel, sublime; ese compañerismo sólo propio del combate, de la guerra, de la lucha, en donde el fuego, el plomo que hiere y que mata, destruye todos los egoísmos y todas las pretensiones Ese miedo, sí, ese miedo que hacía que todos nos pertenezcamos, nos estrechaba, nos ligaba y nos inspiraba ese otro sentimiento emanado del instinto de conservación; el sentimiento de la defensa... Guiados por él, atraídos por él, nos deslizábamos cautelosos, nos arrastrábamos y nos cubríamos por las zanjas y por los zarzales... No pensábamos en nada... ¿La fatiga? ¿Qué? Nos jugábamos la vida. Por ella nos guiaba el instinto, como a las bestias....

.... Y saltamos adelante e hicimos, en seguida, nuevas ráfagas..... No veíamos a nadie..... Los de la "Bastilla" permanecían ocultos... Pero nosotros disparábamos violentamente.... y avanzábamos adelante, allá, lejos, cubriéndonos por los matorrales, como siervos heridos que huyen de aleve cazador..... El avance continuaba ininterrumpido, incesante..... El fuego era impetuoso.... Pero, ya nadie se detenía..... Ocul-tos siempre, todos seguíamos entusiasmados, anhelantes..... Pasados los fugaces instantes de nerviosidad natural, todos, febriles, procurábamos alcanzar posiciones adelantadas para dominar a los insurrectos.... Era nuestro frenesí.... Nos confundimos en una quebrada de la "Ciudadela Améri-ca".... Adelantamos por ella, a cubierto.... Ins-

tantánea, tronó una "descarga cerrada" sobre nosotros.... Nos habían descubierto.... Identificamos.... Nos hacían fuego de una casa de la ribera opuesta Yo ordené:

—Cabo Gualsaquí: ¡A ella!... Dos, tres, saltaron furiosos, treparon los riscos enmarañados ... Buscaban, registraban..... Algunos habían corrido.... Botaron las armas. El clase regresó con ellas... Y continuamos el avance, jadeantes, impetuosos, terribles. En la confusión del ataque iban aumentándose los hombres de mi escuadra. Todos cruzamos la calle primera. El Cabo Puente había coronado la loma. Por el frente avanzaba el Sargento Torres.... Los pelotones del ala izquierda continuaban uniformes Nadie permanecía inmóvil.... El fuego se intensificaba... La barrera de plomo era densísima. Los de la "Bastilla" no decaían. El cañón rugía furioso. Las "Z B" funcionaban con regularidad, amenazadoras, terribles.... El momento tornóse crítico.... Los tarros de metralla entraron en función.... Mi escuadra decaía, se ocultaba, no disparaba..... Yo gritaba, temblaba de furor.... Al fin las bocas de fuego volvieron a vomitar plomo; las "Z B" de la fracción renovaron su trepidar, los hombres se irguieron airosos.... Las aureolas del triunfo vislumbraban colores de fuego..... En la terraza ya cercana oyéronse voces desordenadas.... Era llegada la hora... ¡Viva el "Pichincha"! ¡Adelante! gritamos, y, avanzamos triunfantes. Nadie ni nada nos contenía..... Era el momento culmi-

nante de la acción Precisaba lanzarse al asalto, a la conquista del objetivo, a la disfrutación del éxito. Bajé precipitadamente a solicitar apoyo. No me atendieron. Indignado, rudo y frío, me dirigí a la tropa que en desorden trepaba la zanja:

—“Los que deseen, ¡seguirme!”

Algunos me obedecieron. Corrimos desafortunadamente. Yo les guiaba. Llegamos. De las posiciones muchos retrocedían. Con el refuerzo que avanzó, se estimularon, se alentaron y volvieron a sus puestos. Reunidos, todos continuamos la preparación del asalto con un “fuego nutridísimo, vivo”.... Estábamos vehementes.... Disparábamos sin apuntar.

El grito de guerra de: “¡Viva el “Pichincha” no decaía.... Tampoco había tregua. Avanzábamos. Del galpón de tejas nos separaban pocas decenas de metros. El cuartel estaba muy cercano.

¡Viva el “Pichincha” gritábamos cada vez más entusiasmados. ¡“Viva el Pichincha”! repercutía en todo el frente.... “¡Viva la Constitución”, gritaron los de la “Bastilla”.... “¡Viva la Constitución!” se oyó en nuestras filas La noche tenía su manto de luto. Protegidos por sus sombras, avanzamos a otra zanja más próxima..... “¡Viva la Constitución!” volvió a oírse en el sector enemigo..... “¡Viva la Constitución!” se repitió en nuestro frente.....

* * *

El clarín de guerra dejó oír su voz de paz. Tocó: "Cesar el fuego". Y luego: "Reunión al centro" con seña del Primer Comandante (tres puntos)..... ¿Qué había ocurrido.....? Nos confundimos..... ¡Reunión! cuando nos preparábamos para el asalto, para la destrucción, para la muerte.....!! ¿Y qué más podíamos hacer? La suerte estaba echada y había que afrontarla definitivamente..... Vacilábamos.

Yo, incierto, le envié al Sargento Madera para que se informara y pidiera órdenes al Comandante de Compañía.

A pesar de la orden de cesar el fuego, la fracción disparaba intermitentemente. Del cuartel suplicaban no disparar más, imploraban...

Algunos clases habían bajado armados a conferenciar; tres llegaron hasta mi fracción: ordené que les desarmen....

Nos inquietábamos. El Sargento no regresaba.

Se han rendido, pensé por desvanecer mi incertidumbre.....

—"Hemos triunfado", les dije a los que estaban junto a mí para desterrar inquietudes....

Los minutos pasaban incontenibles. Mi vacilación aumentaba.....

Me gritaron del cuartel. Conocí la voz. Era del Sargento Madera..... Nos llaman, les dije, a los de la fracción. Bajamos. Los Sargentos Almeida y Torres iban adelante.....

.....En la terraza del cuartel reinaba una confusión enorme. Se oían voces de acercamiento, de reproche.... Se gritaban, se buscaban: hermanos, parientes, amigos.... Me acerqué a indagar.... ¡Quedé desilusionado....!

—“No hay ningún jefe”, me dijo el Sargento Madera.....

Los oficiales se cruzaban inquietos

—¿No están desarmados? le interrogué, ávido, al Teniente Rosero.

—¡No! me contestó.

Me separé y me dirigí al cuartel. Allí no había casi nadie. Volví a la terraza y ordené:

—La Primera Compañía del “Pichincha”, ¡formar! Retardaban.... Me impacientaba.... Luego formaron. Nos fuimos al cuartel

En la prevención, volví a ordenar a los Sub-Oficiales:

—Sargento Madera: con seis hombres, servicio en la prevención; Sargento Torres, con otros seis, en la puerta que da el frente a la Basílica; Sargento Almeida, con igual número, a la puerta norte, frente a la Ciudadela América; y, el Sargento Arellano, con el resto, al cuerpo de guardia, a interceptar todas las comunicaciones telefónicas. A los tres Sargentos les dí por consigna, dejar salir a todos, pero desarmados; y, también, entrar a todos, para desarmarlos

Y regresé a la terraza, en donde alcancé a oír las últimas palabras del ex-sargento primero de la “Bolívar”, Herrera; antes, según me dijeron, habíales arengado el Capitán Luis A. Viteri.

En la aglomeración de la tropa, cada vez más numerosa, buscaba a los señores oficiales; lo encontré al Teniente Rosero a quien le dí cuenta de mis actividades, indicándole, además, que era preciso desarmarles a toda costa, puesto que si no lo hacíamos, corríamos un peligro inminente.

—“Así es” me contestó y se dirigió a los grupos en desorden, a insinuarles que dejaran las armas y que se retiraran a descansar en atención a que los del “Pichincha” íbamos a efectuar el servicio de prevención. Se resistieron a hacerlo, manifestando que estaban mucho más descansados y que ellos harían la guardia ¡La Victoria iba esfumándose lentamente.....!!

* * *

De la ciudad seguían llegando fracciones de los demás Batallones. Los del “Manabí” solicitaban un oficial del “Pichincha” para que les comandara; pues que, según decía el cabo Calahorrano, a quien reconocí, se hallaban dispersos sin dirección alguna, e indicaron al señor Teniente Rosero, quien se negó rotundamente para el desempeño de tal comisión.

Las sombras de la noche impedían toda actividad y todo reconocimiento, y la situación, en mi concepto, iba tornándose por momentos más incierta y peligrosa.

De los oficiales no habían quedado allí sino los

Tenientes Benjamín Narváez, Clímaco Narváez,
Luis A. Rosero y Jorge Dueñas.

* * *

Sentados en el pasamano de la terraza, bajo los eucaliptos, los cuatro señores oficales, y yo entre ellos, divagábamos sobre la forma de salir de aquella situación tan comprometeda, pero ninguno acertábamos la solución.

Sucesivas patrullas que venían de las demás Compañías, pues habíamos sido sólo la primera y la tercera que estábamos allí, a informarse de los acontecimientos, acentuaron nuestros temores y vacilaciones; según ellos, existía en la conciencia de los demás compañeros la convicción **de que las dos Compañías que nos hallábamos en el cuartel, nos habíamos vendido**, aseverándonos además, que el señor Primer Comandante habíase dirigido al Norte, en compañía del señor Segundo Comandante y de algunos clases y soldados, para tomar el mando de los voluntarios de Tulcán, regresar con ellos a subordinarnos, y atacar a las fuerzas insurgentes de la capital.

Al conocer aquella versión, ebrio de terror y de despecho, herido en lo más íntimo, apenas atendí la indicación que en esos instantes me hacía el cabo 1o. Manuel Cano, diciéndome que habían sacado los cierres de los cañones.

La situación era crítica, y más aún para el personal que estaba de servicio.

Concebí la idea de evacuar, de abandonar el cuartel, y, diciéndoles mi parecer a los oficiales allí presentes, y quienes dijéronme debíamos replegar al Regimiento "Calderón", me dirigí a la prevención, y un tanto exagerado, les dije:

—¡Muchachos! ¡Dadme de comer, tengo hambre! A esta voz, acercóse una señorita que dijeron era de la Cruz Roja, y me sirvió un plato de sopa; después comprendí el porqué de ese servicio en el cuartel por la Benemérita Institución.

Mientras engullía, también recelosos, acercáronse algunos clases y soldados de la guardia a inquirirme noticias respecto de la situación; permanecí en silencio porque en el grupo habían elementos extraños; desaparecidos éstos, le dije al Sargento Arellano, al oído: pase la voz a la guardia que abandone el cuartel, y que, sin darse a comprender, de uno en uno, vayan a esperarme en la primera esquina, bajando por el sendero; yo iré allá muy pronto.

Esta noticia habíase trasmitido con una rapidez asombrosa. Los oficiales ya habían bajado con algunos soldados.

* * *

Regresaba de la prevención cuando fui sorprendido por un automóvil que subía al cuartel; en él había llegado el señor Coronel Salvador acompañado del señor Comandante Tomás Yépez; yo no los ví; el Coronel había ordenado que se presenta-

ra un oficial del "Pichincha"; me indicaron que fuera yo, en vista de no haber ningún oficial; deseché la insinuación y bajé en busca de alguno, encontrándole al Capitán V. Aurelio Ayala, quien acompañado de una patrulla, había subido al cuartel para informarse personalmente de los acontecimientos; junto con él estaba el Teniente Rosero; les anuncié la orden del Coronel, y, partieron.

Después de algunos minutos volvieron a bajar y me indicaron el acuerdo tomado con el antedicho Jefe. En aquel mismo momento acercóse nuevamente el cabo Cano a manifestarme que iba a sacarse una arma liviana "Z B"; le dí mi asentimiento, y, volviéndome al Capitán Ayala que mandaba la fracción formada ya por el Teniente Rosero, le comuniqué la orden que yo había impartido con anterioridad; complacidos vimos desvanecidos los temores y los peligros, y partieron, ante la perplejidad de los sublevados que ya eran numerosísimos. Yo me dirigí al cuartel para informarse si habían aún rezagados; como no hubieran, bajé al trote; al iniciar el descenso por el camino de los eucaliptos, me encontré con el Teniente Enrique Jiménez y Subteniente Guillermo Cabrera, a quienes manifesté que era inútil su ida al cuartel, toda vez que era yo el último que le abandonaba.

Desoyeron mis insinuaciones y siguieron la ruta. Yo continué la marcha al trote; al llegar a la esquina indicada, en donde encontré unos grupos sentados y otros tendidos, les dije:

—¡Muchachos! ; Seguidme en "columna por hile-

ras" y en silencio! Y yo adelante, continuamos la evacuación apresuradamente.

En el "Parque de Mayo" encontramos a las otras fracciones y continuamos la marcha con dirección al Batán.

Allí pernoctamos agrupados en los corredores de las casas, protegidos por los aleros, azorados y confundidos.

I V

Martes, Treinta de Agosto.....

Amanecía. El día se presentaba brumoso, sombrío. Una densa neblina cubría el ambiente. El orto del Astro Rey moría entre las sombras.... Todos estábamos azorados.... Y nos preguntábamos ¿Por qué no obsequiamos una página de gloria inmarcesible al Estandarte del Batallón?.... La confusión, el desorden, la inesperienza.... talvez la incomprensión de alguna orden.....!! Pero nó..... Nos faltó odio, rencor, furia...., nos faltó venganza, crueldad, sed de sangre..... Arrojo, valor, temeridad...? Arrojo, valor, temeridad....., nó. El arrojo es característica peculiar del soldado ecuatoriano: al principio vacila, se sobrecoje por el miedo, por ese miedo humano..... pero, empeñado en la lucha, en el combate, vuélvese valiente, temerario..... es irresistible..... Y así fuimos..... Apoderados del éxtasis producido por el calor de la batalla, avanzamos impacibles bajo la granizada de proyectiles,

pero nos faltó los agujones de la ferocidad, el odio a nosotros mismos para envolverlos y envolvernos en sudarios de fuego, y sumergirnos, desdeñando el afecto de hermanos y parientes, en los abismos insondables de la muerte..... Nos faltó frialdad, terror, ansias de destrucción..... Ecuatorianos al fin, declinamos la impetuosidad desbordante al influjo de un sentimentalismo insustancial, atraídos por ese cúmulo de afecciones (muy humanas también) de los parientes y hermanos que se hallaban en el bando contrario, sin reflexionar ni meditar que los de la Bastilla eran hermanos y parientes que nos tendían brazos de acero que no halagan y bocas de fuego que dejaban en los cuerpos rendidos, fatigados, huellas de sangre cálida, ósculos fríos de la muerte..... Y aquello nos perdió.... Nuestros esfuerzos estaban anulados.... Y habíamos quedado maltrechos, y lo que es peor aún, desprestigiados.....!!

* * *

Luego sonó la corneta con seña de rancho. Eran las seis. Los más no teníamos jarros y hacíamos algarabía para proveernos. A más de lo ordinario, pedíamos lo suficiente para guardar en las cantimploras. Se rumoreaba una nueva jornada. Alguien decía que el Primer Jefe de la "Calderón" había ordenado que el "Pichincha" vuelva a atacar.

de una Tragedia

Tronaba en el espacio el cañón lejano. Las granadas silbaban cercanas; pero todas, ventajosamente, explotaban fuera de nuestro radio de acción... ¡Qué mal apuntan los de la "Bolívar", decíamos... Ya estábamos acostumbrados a ese incesante retumbar

* * *

Volvió a sonar la corneta. "Tocaba tropa". El Mayor Narvárez se agitaba inquieto; los oficiales se movían con rapidez; recorrían el campamento buscando a los hombres. Nos reunimos indecisos.....

— "Primera Compañía este frente; segunda, aquí; tercera allí; cuarta cubre", ordenó el Mayor. Formamos el cuadro. Y, nos dirigió la palabra recordándonos el fracaso del día anterior e indicándonos que el "Pichincha" para el sentir de los de la "Calderón", y seguramente para las tropas del sur, estaba figurando como un Batallón traidor, y que aquello no podía ni debía ser. Nos habló del honor y del deber de los verdaderos soldados ¡Ah!... cómo repercutían sus palabras en nuestra sensibilidad...!!! Terminó manifestándonos la orden que tenía para atacar con el Batallón a las tropas sublevadas de la guarnición de Quito que se hallaban sistematizadas para la defensa en las posiciones de la loma "Ichimbía", y nos retiró para que nos arregláramos.

* * *

Casi simultáneamente volvimos a formar y continuamos la marcha, pensativos, ansiosos, plenos de entusiasmo para reivindicar nuestro prestigio legendario

En el camino que conduce a Guápulo se efectuó la ramificación. Momentos después, la "Calderón" iniciaba su apoyo eficaz con su fuego destructor.

Primera y segunda Compañías marchaban en primer escalón; tercera y cuarta, en segundo. A los de la primera, nos tocó el ala izquierda, el sector del bosque. Nos precedía la exploración. Marchábamos con todas las prescripciones necesarias. La escuadra de armas livianas, como en el día anterior, continuaba a mis órdenes.

* * *

Después de veinte minutos de marcha los del primer escalón alcanzamos la vertiente norte de la loma "Ichimbía". La distancia entre éste y la exploración se había limitado un tanto. Coronamos la loma sin novedad. Avanzamos anhelantes, con sed, no de venganza, sino de volver por los fueros de nuestro honor mancillado, cuando la exploración, que iba muy cercana, fue saludada por continuas salvas de armas de Infantería. El repliegue de las patrullas fue rápido. El desconcierto del momento, terrible. Con mi escuadra me oculté en la

zanja cercana... Quedamos inmóviles. Las demás fracciones habíanse desplegado, confundidas, en el bosque, a los flancos de la misma zanja, ocultándose detrás de los árboles La reacción fue casi instantánea.... Protegidos por aquella "zanja viva" y cubiertos por los matorrales, iniciamos el avance, observando de cuando en cuando por entre los zarzales A la distancia, en una zanja del camino, junto a un eucalipto, localizamos los emplazamientos de las armas livianas del enemigo. Llamé al porta-arma y le indiqué el objetivo Preparó el arma, y, apoyado con el pie en el árbol que tenía a su espalda, abrió el fuego Escapó de victimarnos. En el preciso momento que iniciaba el tiro, perdió el apoyo; con la trepidación del arma, el cuerpo, como es natural, se le fue atrás, y, como continuara comprimiendo el disparador, iba formando con los disparos un semicírculo en dirección nuestra.... No sé cómo nos salvamos.... Era la primera sensación de muerte que experimentaba. El porta-arma era el Cabo Sanipatín

Vueltos del pánico, tomó nueva posición y continuó el fuego hasta desalojarlos. Con este apoyo, un pelotón de la Segunda Compañía había avanzado. Protegidos por aquél, avanzamos nosotros. Saltamos al camino, y, agazapados, continuamos adelante por la "boca-zanja". Alcanzamos un árbol aislado y emplazamos las armas livianas salvando aquel, y volvimos a abrir el fuego. Una escuadra de armas livianas de la Segunda Compañía saltó por el costado derecho del camino y princi-

pió a disparar..... En este mismo instante, a pocos metros atrás, caía un soldado de mi escuadra, Darío León.... Casi simultáneamente, en la otra escuadra, era herido el Cabo 1o. Segundo J. Cadena..... Los momentos eran álgidos..... Los proyectiles que pasaban muy bajo formaban una red inexpugnable.... El fuego era mortífero.... Nos quedamos detenidos.... Era imposible avanzar..... Sin embargo, nuestra fracción habíase adelantado demasiado..... El peligro era inminente..... Constituíamos el objetivo para nuestras propias armas que, con las demás fracciones, avanzaban por el ala izquierda..... Al darme cuenta de aquella situación, envié un hombre para que informara al señor Comandante de Compañía..... El fuego enemigo y el nuestro iba intensificándose cada vez más, arreciaba.... Las ametralladoras trepidaban incesantes, ensordecedoras..... Nos angustiábamos..... Los proyectiles besaban la floresta..... La escuadra de mi dirección no podía hacer uso de sus armas..... Nos ocultamos en la "boca-zanja"..... El hombre que fue a indicar nuestra situación no regresaba..... Yo temblaba.... estaba nerviosísimo.... Los demás continuaban tendidos en el suelo, rígidos, inmóviles..... Vacilábamos.... Volví a levantarme.... pedí el arma "Z B" y disparé: una, dos, tres ráfagas.... El fuego en todo el frente era nutridísimo..... La muerte la sentía muy cercana.... Descendí al fondo.... Me era imposible seguir disparando.... Un proyectil ho-

radó el árbol.... Nos asustamos.... Sentí que la sangre se me helaba.... En el contorno cercano se oían gritos téticos, lúgubres, miedosos.... Los de la escuadra vecina, como nosotros, habían silenciado..... Aguijonado por la desesperación, dejé la escuadra al mando del Cabo Sanipatín, y rápido, con la rapidez sólo propia de esos momentos de fuego y sangre, retrocedí a informar nuestra situación..... En la curva del camino, cubiertos por la zanja, les encontré al Comandante de Compañía y al Teniente Rosero que avanzaban con nuevos contingentes..... Les indiqué el sendero, guiándoles hasta mi escuadra, y volví a correr atrás.... El peligro no se desvanecía.... De la izquierda, la tercera Compañía, seguía haciéndonos fuego creyéndonos enemigos... Yo me encontré con el Mayor Narváez; él también había comprendido la situación y ordenaba, en esos mismos instantes, que el corneta toque "alto el fuego" con el "Pichincha"..... "Mi Mayor", le dije, haga "tocar ataque" y no "alto el fuego"; yo voy a comunicar a la tercera Compañía para que no disparen a ese lugar y avancen.... y corrí. En seguida, la señal de ataque, repercutió desafiadora....

Salté la zanja.... observé en mi derredor. De los zarzales del bosque me contemplaban..... Híceles señales con el brazo.... ¡Me reconocieron!.... De una sola carrera alcanzaron el sitio en que yo me encontraba. Había sido el pelotón del Teniente Dueñas.... Luego me deslicé a la

izquierda..... Era tarde. Un pelotón de la Tercera Compañía había avanzado ya por ese flanco. El ataque era impetuoso, irresistible..... La lucha, tenaz.... La Tétrica Segadora recorría el campo de batalla triunfante, gozosa..... Muchos yacían por el suelo, detrozados, disformes, inconocibles..... Por todas partes se oían gritos desesperantes, gemidos conmovedores....., pero el ataque no decaía..... El fuego enemigo, a pesar de sus mortíferos efectos, era impotente para contener el embate arrollador..... El prestigio del "Pichincha" volvía a conquistar el sitio de honor que le correspondía por sus tradiciones legendarias..... No había quien nos detenga.... La muerte, el peligro.... ¿Qué importaban.....? Luchábamos por el honor, por la Patria..... luego, no había más que avanzar, aunque sea heridos, para recuperar el brillo del honor empañado e imponer nuestra voluntad a quienes desconociendo su misión honrosa, perturbaron, cegados por ambiciones nefastas, el orden y la paz de la República y quebrantaron los nexos disciplinarios de la Institución.....

El desbande del enemigo se inició desesperadamente..... En vergonzosa derrota se precipitaba, en desorden, por las calles de la ciudad..... Todas las Compañías del "Pichincha" seguían el avance uniforme, formando una especie de media luna hasta tomar las zanjas orientales del "Ichimbía" con fuegos de flanco.....

En el lindero del bosque de eucaliptos, al Oes-

te, una columna de "Policías" y soldados levantaban pañuelos blancos, haciendo señales de rendición; corrimos hacia ellos. Intentaron huir, fuggarse. Disparamos. Hicieron alto. Les capturamos en el bosque, junto a una "zanja viva", distante unos pocos centenares de metros de la carrera "Los Ríos", frente a "San Blas".... ¡¡Habíamos triunfado.....!!

¡Qué gratas son las sensaciones del triunfo!!

* * *

Y allí, en el bosque, el soldado Mena, pleno de buen humor y de notable serenidad, sin meditar en el peligro, irónico por temperamento, cogióle a un soldado del "Manabí", y, después de observarle detenidamente, le dijo:

—“Y Ud. con escarapela en la gorra, no. ¡Sáquese! Es indigno de llevar en su frente los colores de la Bandera! El soldado, temeroso, se quitaba el cubre cabeza y se disponía a obedecerle, cuando fue sorprendido por Mena que le decía:

—“Y también con escudo....no? ¡Quítese en seguida el escudo y la escarapela!

El soldado hizo aquello con prontitud.

Mena continuó:

—“Y con capote nuevo.... no? ¡Sáquese el capote!

El soldado obedeció, sacando algunos objetos del bolsillo, entre ellos un pañuelo blanco que tam-

bién fue arrebatado por Mena que indignado le dijo:

—“Haciendo señales con el pañuelo blanco.... no?”

¡Traiga acá ese pañuelo! ¡Siéntese!”

El prisionero, tímido, obedeció la orden.

Todos nos tendimos en la grama esmeraldina, rendidos, jadeantes..... Los demás prisioneros nos imitaron..... El fuego iba decreciendo lentamente..... De las casas de la ciudad nos hacían descargas intermitentes..... El peligro se desvanecía.....

* * *

Descanzábamos.

El Teniente Dueñas llegó hasta nosotros. Por las calles corrían hombres uniformados. Grupos en desorden se dirigían a “San Blas”. Levantamos los fusiles e hicimos fuego..... Uno cayó, muerto o herido, en las baldosas del pavimento... Continuamos disparando nutridamente..... Los soldados fugitivos se precipitaron por las verjas de una casa como una manada de ovejas a un redil..... Pronto desaparecieron todos..... El herido quedó abandonado.....

Instantes después, las rejas abriéronse intempestivamente.....y, humanitario y valiente, impasible ante la granizada de proyectiles, salió un señor elegantemente vestido, y recogió el cuer-

de una Tragedia

po inanimado.... lo colocó sobre sus hombros y lo condujo, seguramente, a su aposento.....

¡Noble gesto que lo recuerdo con cariño y con respeto!!

Hasta hoy, no he podido conocer el nombre de aquel hombre heroico.....!! Ante la contemplación de aquella acción sublime, sobrecogidos, cesamos el fuego.....

* * *

Temeroso de alguna sorpresa, le ordené al Sargento 2o. Juan M. Torres, que, con cuatro hombres, custodie el ángulo Sur de la zanja que nos cubría. Obedeció presuroso. Minutos después regresaba colérico a increparme por mi culpabilidad en la fractura de su brazo.

En esa misión cayeron heridos, destrozados por el plomo fatricida, el Sargento Torres y el soldado Benjamín Araujo.

* * *

El fuego en los demás sectores continuaba con intervalos más o menos largos. Triunfantes, nos abandonamos imprevisivamente, ocultándonos en los hoyos que en zig-zag, habían dejado las extracciones de las raíces de los eucaliptos.

Habíamos terminado la jornada. Eramos los vencedores de la mañana. La lección para los insurgentes fue dura y terrible, pues, abandonaron el

campo dejando el tributo de sangre en holocausto de su crimen, junto con un considerable número de cartuchos, fusiles y dos armas automáticas "Fiat".

Por nuestra parte, según noticias del momento que se confirmaron después, las bajas eran numerosísimas. Por nuestras mentes desfilaban los nombres de los que sabíamos: Arias, Yépez, Delgado, Castillo, Escobar y muchos más, habían quedado en el campo, mutilados, destrozados, en aras del deber....

Y continuamos allí, confiados e inseguros. El Sargento Julio C. Arellano, el Cabo lo. Manuel Araujo, el cadete Carlos A. Meneses y los soldados Cóndor, Vargas y muchos más, ocultos en aquellos hoyos, hacíamos honores al "pinol" y a la panela encontrados en el campo de la lucha.

* * *

El fuego volvió a renovarse instantáneamente. Las ráfagas eran continuas y rápidas. Juzgamos que serían de nuestras propias fracciones.

—“Es el cabo Cano que resguarda el bosque”, decía alguno.

—“Es el primero Cifuentes que vigila el camino y que seguramente habrá observado blanco”, argüía el de más allá.... Y se citaban nombres: Arcos, Jaramillo, Puente, etc.

El fuego hacía más violento. El peligro, inminente. Me levanté a observar. Conocí la realidad. En la zanja anterior se movían hombres

con uniformes negros..... Avanzaban. Salté un barranco y me oculté: quedé petrificado. Los demás me siguieron por intuición. Yo, confundido, no les dije nada.....

Nos atacaban furiosamente..... A mi derecha, destrozado el cráneo, cayó el soldado Ruano..... Nos desmoralizamos..... Retrocedimos a cubierto y atravesamos un horado abierto en una zanja perpendicular al barranco que nos cubría... .. Y continuamos la retirada desesperadamente.....

La fuga, la derrota, la vergüenza, se vislumbraban muy cercanas.....

El Capitán Villarreal nos detuvo.....

—“¡De aquí no retrocede nadie!, nos dijo imponente.

—¡Aquí muerdo yo y aquí mueren todos.....!

¡Haber una arma.....!!

¡Tenderse en la zanja....!

¡Fuego....!”

Dimos el frente avergonzados y volvimos a castigarles.... El rechazo fue ejemplar. Dejando nuevos muertos y heridos, volvieron a abandonar el campo, desesperados.

Cifuentes y Ruano fueron las nuevas víctimas del “Pichincha”... las víctimas de la imprevisión...

* * *

Pasado el peligro, nos sistematizamos para la defensa.

Horas después fuimos saludados por salvas de la artillería "Sucre" que disparaba al "Ichimbía", seguramente, creyéndonos enemigo. No teníamos enlace alguno.

Intentamos comunicarnos con semáfora, pero era imposible todo entendimiento.

El bombardeo continuaba. Ventajosamente, no nos hicieron daño alguno.

Cuando cesó el fuego, eran las once de la mañana.

* * *

A las tres de la tarde, una comisión del "Manabí", presidida por el Sargento lo. Bravo, había llegado hasta nuestras posiciones a solicitar el envío de una representación del "Pichincha" para formular arreglos de paz (?), en reunión de otras representaciones de las demás Unidades sublevadas.

Para esta comisión fuimos nombrados el cadete Carlos A. Meneses y yo.

Recibidas las instrucciones correspondientes del Jefe del "Pichincha", bajamos al desempeño del cometido.

Cruzamos las abandonadas calles de Quito; pequeños grupos de curiosos impregnaban en nosotros sus miradas ávidas.... .. A través de los cristales de las ventanas veíamos uno que otro semblante entristecido..... La ciudad con las puertas cerradas presentaba el lúgubre aspecto del camposanto..... En el pavimento, de trechó

en trecho, veíanse huellas de sangre vaporizante En el contorno lejano se oían intermitentes ráfagas de armas automáticas..... Varios cables eléctricos yacían por el suelo..... El peligro cerníase amenazante.....

Caminábamos silenciosos.....

—¿A dónde vamos? le interrogué al jefe de la comisión del “Manabí”.

—“Primero al Regimiento; de ahí hemos de regresar al “Manabí”, para continuar a la “Policía” y al “Constitución”, me contestó”.

Atravesábamos la plazuela “España”.

—Precisa que vayamos a la “Cruz Roja” a proveernos de una bandera blanca, pues que, como estamos, bien podemos ser recibidos a balazos, le dije al 1o. Bravo.

—“Tiene razón”, me contestó; y luego me dijo: “¡Vamos!”

Y nos dirigimos al lugar indicado.

Entramos. Una muchedumbre compacta penetró a la sala de la “Cruz Roja”. Yo indiqué el objeto de nuestra visita. Atendiéronnos con prontitud.

—“La ciudad está martirizada, es preciso entrar en paz” me dijo un caballero.

—Efectivamente, le contesté, venimos en busca de esa paz que tanto anhelan ustedes y que nos es necesaria a nosotros.

—“Pobrecitos.....! ;Cuánto sufrirán! ;Talvez pasarían sin comer!” replicó el caballero.

—La guerra está sujeta a muchas privaciones,

volví a contestarle.

—“¡Señorita!, dijo dirigiéndose a una enfermera:

“¡Traiga pan y fruta para estos muchachos!” y me dió algunas palmaditas en la espalda dolorida.

Había sido el director de la benemérita Institución de la “Cruz Roja”. Yo no le conocí.

—“¿Tienen muchos heridos en su Unidad?” me interrogó.

—¡Sí!, le dije: son muchos.

—“¿Quiere verlos? Aquí están algunos.

—Sí señor; muchas gracias, le contesté.

—“¿De qué Unidad es usted?”

—Del “Pichincha”, le dije.

Oyó aquel nombre y desapareció frío, silencio. Terminaron todas las afabilidades. Hasta hoy no comprendo la causa, o acaso comprendí mucho, pues, como una proyección de luz, se reflejó en mi imaginación la señorita de las viandas del “Sanatorio”; y me dije: era de la “Cruz Roja”.

A insistencias nos dieron un retazo de género blanco y nos fuimos a la “Bolívar”.

En la esquina de la calle “Vargas”, antes de la Escuela Correccional, recibiéronnos unos clases y soldados que habían tenido emplazadas dos armas livianas “Z B”; al conocer el móvil de la visita, nombraron la representación con muestras de una preponderancia inconsciente. Algunas palabras de insulto, vivos reflejos del odio y de la venganza que los animaba, pronunciadas por unos beodos, fueron silenciadas por un sargento que no conocí.

* * *

Regresamos al "Manabí". En el cuartel, en donde, a primera vista, fui impresionado por el desorden, observé a elementos extraños al Ejército que sembraban una indisciplina manifiesta.

Recibíonos en él, el Primer Comandante, Teniente Ernesto Oleas, quien lanzóse contra la representación del "Pichincha" con palabras muy propias para los "compactados" que no conocían las leyes de la guerra, más no para un oficial de Ejército, y ordenó que después de despojarnos de nuestras armas y de revisarnos minuciosamente la indumentaria, nos metieran al calabozo como premio de lo que él, cobardemente, para demostrar autoridad a la masa insurrecta, juzgó traición e infamia del "Pichincha".

Sonreímos de impotencia; y yo, en uso de mi autoridad, le dije:

—Mi Teniente: los del "Pichincha" no venimos a solicitar nada; bajamos por insinuación de una comisión del "Manabí" que fue a pedir esta representación, y a la cual mi Mayor Narváz la atendió solícito; luego, por hoy, tenemos un carácter de parlamentarios, y merecemos, en consecuencia, un poco más de respeto y de consideración.

Pero el Teniente Oleas, enorgullecido por la caracterización de una gerarquía efímera, imperterrita, se ratificó en la orden anterior y fuimos desarmados y rebuscados; sólo consintió que res-

petaran el sable-bayoneta que portaba mi compañero.

Nos condujeron al calabozo. Pero, momentos después, antes de encerrarnos, hiciéronnos volver a la presencia de Jefe tan altivo y arrogante. Los sargentos primeros, Vásquez y Salas, habían interpuesto sus buenos oficios en atención a la amistad que nos unía de antaño, y, como en el cuartel, a la sazón, mandaban todos, el Jefe había declinado su autoritario proceder, y nos dijo:

—“Accediendo a la petición de los primeros, y, en atención a que yo conozco a Ud. moralmente, no van a ir al calabozo y van a permanecer conmigo en el cuerpo de guardia; probablemente, aquí estarán más seguros que en su Unidad. Y para que vean que somos caballeros, va usted a escribir en mi presencia a su Jefe, indicándole que ustedes quedan retenidos”.

Me presentó el papel, y, en la mesa de la prevención, escribí al Mayor Narváez el parte que me correspondía. Después de mi firma y rúbrica escribió, jurando por el puño de la espada, no se qué comunicación el Teniente Oleas. Y luego, en sobre cerrado, fue enviada con un soldado al Jefe del “Pichincha” a las posiciones de “Ichimbía”.

Y en seguida ordenó que nos dieran de comer bien.

Nos sirvieron “papas con carne” preparadas también, según dijeron, por una señorita de la “Cruz Roja”.

Aún no terminábamos de engullirnos, cuando

un cabo de la "Bolívar" manifestó que era tarde y que era preciso que las comisiones satisfagan su cometido. Accedió el Jefe del "Manabí" y nombró, más bien dicho, se nombraron de comisión dos "compactados" y con ellos nos fuimos al "Constitución".

Avanzamos por la calle "Flores" hasta la esquina del Hotel "Viena". Obscurecía. En el reloj central dió las seis. Comprendiendo el peligro que corríamos, de acuerdo con mi compañero, les manifesté que a esa hora juzgaba inoportuna nuestra ida y que creía prudente dejar para las primeras horas de la mañana siguiente la labor que nos habían encomendado. Uno de la comisión del "Manabí" que meses después volví a verlo como delegado conservador a las "Mesas Electorales" en los comicios presidenciales, corroboró mi insinuación y nos regresamos.

Nos hallábamos cerca a la plaza del Teatro, cuando fuimos invitados, por un clase de la "Bolívar", a penetrar a las habitaciones del señor Alfredo Coloma, quien, según información del mismo clase, residía frente a la consignación del Estanco de Sal. Rechacé la proposición y continuamos el retorno.

Nuevamente en el "Manabí" fuimos quitados las armas. Nos indicaron para alojamiento un cuarto contiguo a la prevención. Allí permanecimos sumidos en hondas cavilaciones, llenos de temor. Eran las ocho de la noche.

Una hora después volvieron a llamarnos y nos

condujeron a la presencia del Jefe, el cual, mostrándonos la comunicación que no había sido entregada, nos dijo que el soldado no había encontrado a nadie en el "Ichimbía" y que nosotros eligiéramos o quedarnos allí o irnos a nuestro Batallón. Le manifestamos nuestra decisión por lo segundo, y pedimos que nos entreguen las armas. Aceptó el Jefe. Recibimos otras; las nuestras las habían cambiado; a Meneses le faltaba además la cantimplora; sin embargo, nos dispusimos a partir. El sobre cerrado fue puesto en mis manos.

Al primero Vásquez le solicité fuera a dejarnos después de las últimas fracciones de servicio del "Manabí", y nos despedimos para retornar a nuestras filas.

Vásquez nos dejó en la plazoleta de "La Loma" frente al colegio "Don Bosco", y partimos.

En una tienda de la travesía quisimos proveernos de algo, mas, compasivas y buenas, unas señoras obsequiáronnos agua de azúcar con pan y panela; después de servirnos, llenamos mi cantimplora y partimos. Un individuo de la casa nos guió un trecho. Pronto coronamos la loma. No encontramos, en verdad, a nadie. La noche era oscura y tenebrosa. Sin encontrarles, resolvimos dirigirnos al Regimiento "Calderón", y, por el camino solitario seguimos en esa dirección. Estábamos sobrecogidos de temor. El miedo aumentaba nuestras energías y acelerábamos la marcha. Trepamos la zanja húmeda. Coágulos de sangre helada tiñeron mis manos indecisas. Sobrecogido, yerto, parecíame ver, ten-

didos, cuerpos mutilados, deformes..... Temblaba. El ruido de la brisa en la enramada parecía gemido lastimero de heridos abandonados.....
.....La visión de los caídos en la mañana se me presentaba con caracteres espeluznantes: miembros destrozados, semblantes sucios, cubiertos de sangre, ¡ayes! doloridos, quejidos desgarradores..... Todo en cuadros macabros y siniestros..
..... Y así, moralmente herido, demostrando una serenidad que no lo tenía, me adelantaba....
.....Meneses caminaba en silencio.....
Seguramente sufriría como yo..... Cruzamos el bosque. Proyecciones de luz lejana iluminaban en parte el sendero..... Corríamos. Alcanzamos el camino de "Verde Cruz". Por él descendimos a la Avenida Colombia. Al trote, continuamos por el camino de Guápulo. Bajamos a la Carretera del Batán.....

Un "quién vive" nos interrumpió la marcha.

—"Pichincha" contestamos.

—"Alto "Pichincha", dijo el centinela.

Hicimos alto. Un clase se acercó a reconocernos. Saludamos.

—"Adelante "Pichincha" dijo el vigía. Pasamos. Serían las diez y media de la noche. Llovía. En el campamento todos descansaban. Los dos no teníamos dónde refugiarnos. Vacilantes, nos acercamos a un grupo que se guarecía bajo el alero de una casa y nos cubrimos con la carpa de campaña.....

La tempestad iba tornándose más borrascosa. Sin poder soportar el hielo, fuimos a buscar otro alojamiento. Encontramos una pesebrera desocupada; sobre el pienso de los cajones formamos nuestro lecho.....

Al amanecer fui a dar el parte. Les entregué, después de informarles verbalmente, el sobre cerrado y me retiré. (1)

(1) Este documento debe conservarlo el Mayor Narváez.—Nota del Autor.

V

Miércoles, treinta y uno de Agosto.

El fuego en la ciudad, no cesaba. La contienda, la batalla, no tenían reflejos de terminarse.... Los aprestos bélicos que se hacían nos indicaban que iba a continuar la matanza egoísta e infecunda.....

Nos hallábamos maltrechos, compungidos....

El rendimiento y la fatiga por una parte, y por otra, la intemperie y los rigores de la noche de invierno, habían dado a nuestros semblantes una palidez que sobrecogía.....

Desmayados, casi todos, nos doblegábamos al rudo peso de la incertidumbre..... Demacrados, sucios, hambrientos, estábamos invadidos de una languidez demoledora.....

Los corrillos abundaban.

Todos comentábamos vaga e inciertamente.... Cada cual decía lo que sabía, lo que había visto en su sector, en su trecho..... Valores fracasados; hombres que habían escalado peldaños de verdade-

ra superioridad moral; superiores que habían penetrado en el corazón de la tropa, y, oficiales que habían perdido la confianza de aquélla.....!!

Y los veíamos.....Unos, sonrientes y afa-
bles, intimaban, brindaban confianza, se acercaban
a los Sub-Oficiales, a los soldados: tenían la con-
vicción de que habían sido superiores de verdad....
Otros, por el contrario, esquivos y recelosos, bus-
caban el alejamiento, se distanciaban..... Y es
que la tropa en esos momentos álgidos, es juez, y
juez recto y severo: no juzga, no acusa, ni castiga;
quita la confianza, no obedece con voluntad, se con-
duce por su cuenta..... Un superior que pierde
la confianza de su tropa en la lucha, en el combate,
es un superior sin mando: está anulado, moral-
mente muerto.....

* * *

El día decurría lentamente.....

..... Alejados en un paraje sombrío, escaso de
la luz del sol, fuera del camino, y medio ocultos por
el espeso ramaje de los árboles frondosos, junto a
un sendero ruinoso que da acceso a la loma de
"Guápulo", vagábamos indecisos.....

Eran las primeras horas de una mañana bru-
mosa.....

Pensativos, instintivamente, todos nos mirába-
mos con ojos enigmáticos, inquisidores..... y
divagábamos en la ruda, rudísima jornada del
"Ichimbía", en la que muchos de nuestros compañe-

ros habían dejado, en la paz y el sosiego, la quietud y la calma del bosque umbrío, en la acción y en el desorden casi confusos de la contienda heroica, salpicaciones escarlatas de heridas incurables, piltrafas malolientes de músculos destrozados, vidas jóvenes agostadas prematuramente.....!!

Una brisa helada soplaba, trémula, en la enramada del bosque cercano.....

La naturaleza dormitaba oculta bajo los velos densos la neblina.....

El sol parecía que se ocultaba avergonzado del humano egoísmo, y el fantasma sombrío del silencioso invierno se envanecía con los lúgubres crepones de la muerte que sonreía triunfante por su macabra cosecha.....!!

Hasta los seres semejábamos cosas inertes por la inclemencia de la mañana lluviosa, fría.... que principiaba con los ruidos intermitentes de los disparos lejanos.....

De cuando en cuando, de los grupos confusos, brotaban rumores salpicados de nostalgia, interrumpidos de repente por el estallido del cañón y el estremecimiento ocasionado por las explosiones de las granadas que caían muy cercanas.....

Todos derramábamos la sangre de nuestras tristezas. Yo andaba de grupo en grupo, vacilante, desesperanzado, consumido, como peregrino, cuando fui sorprendido por la orden del Capitán que me pedía el parte detallado de la Compañía. Cumplí con prontitud.

Faltaban muchos. Las bajas eran numerosísi-

mas. Las imágenes de las víctimas desfilaban por nuestras mentes impregnando en las almas tintes de tristeza inconfundible..... En la Primera Compañía faltaban ocho hombres. A todos les creíamos o muertos o heridos. Algunos habían sido vistos por los compañeros bañados en el líquido precioso, destrozados, disformes.....

* * *

A los de la Primera Compañía, como a los demás, nos indicaron una casa para alojamiento. Parecía que íbamos a descansar. Nos fuimos a ella. Quedamos solos.

Las horas pasaban veloces.

Continuamos inciertos.

Almeida, el Sargento, frotándose las manos, se acercó y me dijo:

—“Mi primero: vamos a buscarnos algo; no hemos comido muchos días”.

Es verdad, dije para mí, no hemos comido muchos días.

—¡Vayan! les insinué.

—“¡Distribúyanos! me dijeron a una voz los demás. Habían comprendido la insinuación del Sargento Almeida y se necesitaba, hasta en eso, orden. Además, yo conocía a todos los hombres de la Compañía, sabía de sus actividades y de sus actitudes. Les distribuí. Todos se fueron veloces, como si en el frente se fueran al cumplimiento de una misión honrosa.....

Momentos después, se guisaban con ligereza algunas gallinas y muchos "conejiños de indias" (cuyes).

Pronto almorzamos.

¡Qué bien nos quedaron aquellos guisos después de largos días de tan austera abstinencia!

"Quedamos ahitos, satisfechos", como dijera Remarque.

* * *

Horas después se rumoreaba que iban a celebrarse tratados de paz. Nos alegramos.

Las noticias se confirmaron con la llegada de los "Delegados".

Nos hicieron reunir. Formamos. Luego nos arengó el Jefe del Estado Mayor General.

"Buscamos una paz con honor, sin humillaciones", nos dijo.

A continuación, tomó la palabra el entonces probable Encargado del Poder, doctor Humberto Albornoz. Confiamos optimistas en sus palabras. Se fueron. Nos retiramos a descansar.

* * *

El día pasamos inquietos, azarosos.

A los anhelos de paz sucediéronse rumores varios, casi todos alarmantes.

Se nos anunciaba un probable ataque de las fuerzas de Quito.

Muchos juzgábamos imposible que los de la

“Bastilla” abandonen su defensa infranqueable para aventurarse a una empresa peligrosa, difícil de realizarla. Sin embargo, esperamos vacilantes.

Eran las primeras horas de la tarde, de una tarde caliginosa.

Luego merendamos.

Las noticias del posible ataque iban acentuándose, tenían visos de realidad.

El cielo se tornaba gris, amenazante. Las auras vespertinas vislumbraban colores de fuego.

En la oficialidad se notaba un movimiento inusitado.

Todos mirábamos inciertos.

Las seis de la tarde..... ¡La corneta, desafiante, nos indicó reunión. En la quinta vecina un clarín de guerra se asoció a la llamada.

Nos reunimos temerosos. Formamos ciento veinte..... Y los demás....? ¡Eramos ciento setenta.....!! ¿Habrían muerto?..... ¿Estarán heridos.....? ¡Todos mirábamos ansiosos buscando encontrar en las filas los semblantes de todos los que fueron..... ¡Faltaban muchos..... !!

En seguida se ordenó la marcha.

Los del “Pichincha” formamos los cuadros. Ingresaron a nuestras filas los de la “Columna 31”, amenazadores, terribles..... Tenían sed de venganza. Rumoreaban que era llegada la hora de las justas reivindicaciones.....!

“La sangre de los queridos caídos en Tulcán, el 31 de Enero, nos estimula, nos alienta”, decían los “pupos”, entusiastas, viriles, decididos.....

A las seis y cuarto iniciamos la marcha.

La segunda Compañía por el sendero al camino de Guápulo; la primera al bosque; la tercera y cuarta, constituían el refuerzo. Caminamos silenciosamente.....

* * *

Ascendimos a la loma. Ignorábamos a donde nos dirigíamos. La marcha, como en muchas ocasiones análogas, sólo conocían los oficiales de cada Compañía.

Llegamos al bosque cuando en la dilatada esfera se extendían las primeras sombras de la noche. Reinaba un silencio sorprendente. No susurraba el viento, ni las hojas de los árboles se agitaban. Todas las cosas permanecían inertes, silenciosas, trémulas..... Nuestro aliento se desleía en el aire helado..... El espectro de la soledad y la calma extendía sus alas sobre el silencio, interrumpido a veces por el ruido de los grillos bulliciosos o por los estallidos de los disparos que a intervalos se hacían en las diversas zonas de la ciudad convulsionada.....

Intempestivamente, de la "Bastilla", intensificóse el fuego. Iniciaron el bombardeo desmoralizador. Todos creímos momentáneamente que aquello era la preparación del ataque, o que había sido descubierto nuestro movimiento. El espionaje funcionaba con una actividad muy recomendable para los insurgentes. Las granadas tronaban ame-

nazadoras. Muchas explotaban a cincuenta o sesenta metros atrás de nosotros, de las columnas: destrozaban las "copas" de los árboles..... Dos, tres, cayeron muy cercanas..... La tierra húmeda que se levantaba a intervalos nos envolvía como un vendaval..... Nos confundimos, nos dislocamos..... Todos buscábamos un refugio cercano en el terreno para ocultarnos..... Los más caímos en una zanja profunda..... La acción de los comandos era impotente para detener a las fracciones en ese nuevo período de crisis demoleadora.....

Ventajosamente, pronto pasó el momento de estupar, de miedo..... El fuego iba decreciendo lentamente..... La explosión de las granadas no había dañado a nadie. ¡Estábamos salvados....

* * *

Los "Comandantes de pelotón" principiamos a buscar a nuestros hombres: todos estaban perdidos.

La noche nos cubría con su manto de luto. Los densos nubarrones parecían crespones que veneraban a los que en la jornada anterior cayeron cumpliendo el deber.

Los minutos pasaban incontenibles.

Pronto volvimos a reorganizarnos.

El Comandante de la Primera Compañía, ordenó:

—"¡Sistematizarse para la defensa!

Repetimos la orden. Los soldados sacaron sus "bayonetas" e iniciaron el trabajo pesado y duro; removían la tierra húmeda.....

Y luego indicó una nueva orden:

—Los "Comandantes de pelotón", ¡nombrar servicio!

Obedecemos.

Estábamos junto a nuestros hombres, estrechamente unidos, suspensos.....

Yo, en mi pelotón, nombré vigías y patrulla de ronda. Distribuí los relevos. Con los demás, que aún permanecían ocultos en la zanja, busqué un sitio para reposar.....

Sin las rigideces de la vida ordinaria, atentos sólo a las finalidades imperativas de la situación, nos uníamos, nos acercábamos mutuamente Nos pertenecíamos..... Todos nos abrigábamos con el calor de nuestros cuerpos próximos quizá a confundirse, como en las sombras de la noche, en la tenebrosa oscuridad donde la fría eternidad empiezo

* * *

La noche avanzaba tétrica, miedosa A retaguardia de la posición que ocupábamos se oyeron disparos. Eran los centinelas de la "Calderón" que observando nuestros movimientos nos confundían y daban la "voz de alarma". Una "pitada larga", señal convenida, evitó equivocaciones.

Nos quedamos adormecidos.

Un inoportuno clase que buscaba su relevo nos volvió del insomnio.

Eran las doce de la noche la hora del silencio, la hora lúgubre del misterio

La brisa gemía y besaba nuestros semblantes silenciosamente. Helaba. El tenue susurro de las hojas de los árboles movidas por el viento semejaban murmullos de música lejana, cuyas plañideras notas nos entristecían

El paraje volvióse más sombrío Nos movimos.

Allá, bajo la enramada, los vigías de la noche, velaban el descanso de los suyos Allí, junto a la "tapia", al pie de un coposo árbol, inmóvil, pensativo y melancólico, otro centinela vigilaba cauteloso

De cuando en cuando trepidaban las ametralladoras en la ciudad martirizada

El clase de ronda, acompañado de un soldado, somnoliento, vigilaba que los vigías cumplan con su deber

El cielo principiaba a despejarse

En lontananza, las nubes, cual cortinas transparentes, cubrían a los astros de la noche cuyos pálidos fulgores, apenas, muy apenas, besaban la estancia sideral

* * *

Se oyeron rumores en el sector vecino, parecían discusiones acaloradas. Me levanté. Caminé in-

cierto, taciturno. Me acerqué al lugar que indicaban las voces Había terminado Lo ignoré todo Después conocí que habíamos estado próximos a un fracaso vergonzoso..... La altivez de un señor oficial nos había salvado

Regresé a mi refugio. Todos me habían esperado ansiosos.

—¿Qué hay? me preguntaron.

—¡Nada! les contesté.

A una voz me dijeron:

—Mi primero: ¡venga acá! Aquí está, más abrigado.

—Gracias, muchas gracias, les repuse.

Me acerqué a ellos, y, estrechándome entre sus cuerpos calurosos, esperé pensativo

* * *

No dormía, no podía dormir..... Los recuerdos que insistentemente se agolpaban en mi mente, desvelaban mi sueño..... Pensaba en mi hogar, en todos los míos..... Esos hondos sentimientos de esposo y de padre que sólo se los comprende y exterioriza con plenitud en los casos últimos, al borde del deceso inevitable, imprimieron en mi alma una inquietud palpitante.....

Avido de consolaciones, nostálgico, encogido y silencioso, divagaba como un romántico irredimido y sentimental..... Presumía tener en mi blusa de campaña un sobrecito envuelto con una

cintá azul..... Me registré..... y luego, como si en mis manos deshojara pétalos perfumados, reverente, con suma delicadeza, hice deslizar entre mis dedos temblorosos, odorantes hojas de amor, esqueclas impregnadas de cariño, regadas quizá, quizá, con lágrimas ardientes y quemadoras de la esposa, de la amada ausente.....

No miraba sus letras, pero el fuego de la emoción me embargaba,..... me entristecía..... ¡Ah! ¡Cómo entristecen los recuerdos.....! Una lágrima furtiva cayó sobre el paquetito amoroso..... Lo acaricié, lo besé, lo veneré apasionadamente..... y, con la honda intuición del momento, calladitamente, le dije al Recuerdo que me lleve hasta ella, hasta mis niños, en esos momentos en que todo se hallaba suspenso, para acariciarles en la frente, despertarles en la alcoba, no dejarles dormir, y decirles, al oído, silenciosamente, todas aquellas grandes y pequeñas cosas que yo les dije al despedirme.....

Las horas habían pasado vertiginosamente..... En el cielo aparecían los resplandores grises del alba..... El día, desperezándose de su letargo invernal, alboreaba luminoso y bello..... Con el júbilo de la naturaleza semidormida, brotaban los mil ruidos del campo al amanecer..... Los seres que parecían cosas inertes, con la alegría de la mañana que despertaba, se aprestaban a recibir las vivificantes caricias del "Padre Sol"......

La voz de un oficial que nos anunciaba el retorno al "acantonamiento-vivac", me volvió del ensi-

de una Tragedia

misniamiento en el que hubiera querido permanecer estático para mirarles de cerca, con el alma, a todos mis seres queridos

Regresamos.

Habíamos pasado la primera noche de crudo vivac

En el campamento los comentarios, como de costumbre, fueron diversos

Las actitudes bélicas continuaban con inusitado fervor

"Si no combatimos el día, acaso tendremos que soportar una segunda noche la intemperie", decíamos y, helados, pálidos, encogidos, pero no desfallecientes, nos retiramos a la casona abandonada

VI

Jueves, Setiembre 1º

Ocurría lo normal de los días de tempestad: en el ambiente se arremolinaba un torbellino furioso de dudas y temores inquietantes.

En el horizonte, antes que el Iris de Paz, se reflejaban los fulgores pavorosos de la tragedia.....

Las gestiones de hermandad y pacifismo, a juzgar por los aprestos bélicos que se hacían, iban confundándose en las sombras tenebrosas de la incomprensión y del egoísmo Y el abrazo fraternal, noble y franco, de los titanes luchadores, férvido anhelar de las Delegaciones Plenipotenciarias que luchaban infatigablemente, según se decía, por restablecer la paz en la capital, iba alejándose al impulso de intereses insatisfechos

En los frentes parece que se quería "una paz con honor", y ella no venía, ni podía venir, sino con el sacrificio cruento, con la destrucción infecunda....

Ecuatorianos los dos bandos, hijos de luchadores valerosos, de guerreros heroicos, todos los que estábamos en las líneas de combate, no teníamos otro dilema que "vencer o morir" por defender las propias causas..... ¡Vana pretensión! La destrucción, la muerte, la orfandad de inúmeros hogares,

la miseria, el desprestigio de la Patria, la crisis, etc., no eran, no podían ser, bajo ningún aspecto, razones para doblegarse a condiciones impositivas!

Se luchaba por la Patria!! Y la Patria ¡oh sarcasmo! exige inmolaciones, sacrificios de sangre: vidas, muchas vidas héroes, muchos héroes!!!

Por la Patria continuaba el fuego incesante en la ciudad mártir

Algún día señalará la Historia con el Inri abominable a los responsables de la tragedia

* * *

Sin embargo, los rumores de paz eran insistentes. Se decía que habían acordado una fórmula de armisticio y que en cumplimiento de ella, debían suspenderse las hostilidades

Aquello tenía visos de realidad, pues, las armas de la "Calderón", a pesar de los disparos intermitentes de la ciudad, permanecieron silenciosas toda la mañana.

A las nueve, el avión de guerra, volando muy bajo, dejó caer, según se dijo, una orden del Alto Comando.

Según interpretaciones que se hacían, las más antojadizas, debíamos atacar a la "Bolívar" en caso de que ésta, en vez de silenciar, intensificara el fuego.

Nosotros, protegidos ya por los voluntarios de Tulcán que formaron la "Columna 31", hallábamo-

nos animosos y entusiastas, resueltos al esfuerzo abnegado, a la acción tenaz, definitiva.

Por su parte los "pupos", que ya hicieron su "agachadita" el día anterior en La Carolina, auhelaban también terciar en la acción conjunta para terminar por completo con la sublevación sin precedentes en los "Anales de la Historia Nacional".

* * *

El intempestivo y atemorizante tronar de los sharpnells, fue la voz de alarma para iniciar la ofensiva impetuosa.

Eran las diez de la mañana.

A los destacamentos que se organizaron para atacar a la "Bolívar" según el plan preconcebido por el primer Comandante del "Pichíncha", ingresaron algunos elementos de la "Calderón" e iniciamos la "marcha de acercamiento".

Tocóme actuar en el destacamento que debía concentrar el ataque por la quinta "Miraflores".

Avanzamos por la carretera del Hipódromo.

Engañados por algunos ciudadanos de las quintas del trayecto, fuimos sorprendidos por descargas nutridísimas de fusilería hechas de las ventanas. Confundidos, nos ocultamos tras las calzadas de las verjas, y correspondimos con el fuego a la sorpresa inaudita, falaz. Quedamos detenidos. Después de un fuego violentísimo, permanecemos estáticos.

La voz de:

—“¡Adelante muchachos!”, dada por el Comandante de la primera Compañía, quien, con la pistola en alto, inició el avance, hízonos abandonar nuestros peligrosos alojamientos, refugios de la muerte, y avanzamos.....

* * *

Al frente, en la calle “Vargas”, adelante de los muros del “Seminario Mayor”, cubiertos por abrigos de piedra contruidos para el objeto, una fracción de la “Policía” dirigía sus fuegos a la columna que avanzaba en formación cerrada. Ventajosamente, nadie cayó.

Acosados por la barrera de proyectiles, todos avanzábamos ocultándonos en las puertas de las casas, temerosos sí, pero también con un gesto de valor temerario..... Los proyectiles pasaban rozando el suelo.....

—¡Me mataron!, gritó un individuo, y, dando una vuelta, cayó como fulminado. Le creímos o muerto o herido. Al cabo de pocos instantes volvió a ponerse de pie y a buscarse con las manos las huellas de sangre; pero el proyectil, por suerte, había chocado con un compartimento de la canana sin causarle daño alguno: estaba ileso. Había sido el soldado Cornelio Tatez.

* * *

El fuego continuaba nutridísimo.

El avance tornábase por momentos imposible.

Para despejar el peligro, algunas fracciones

desbordáronse por el costado derecho para tomar al enemigo con "fuego de enfilada" y obligarle a que abandone sus abrigos.

Un pelotón comandado por el Teniente Dueñas, continuó por el frente.

Presionados por el frente y por el flanco, huyeron vertiginosamente.

Toda la fracción llegó a los abrigos de piedra. Luego continuamos el avance por la calle "Vargas" hasta que alcanzamos a dominar con nuestros fuegos las zanjas de las parcelas de la quinta "Miraflores".

El fuego enemigo intensificóse violentamente. La lluvia de proyectiles formaba una barrera de plomo infranqueable. Nos guarecimos en las casas situadas al margen izquierdo. Eranos imposible adelantar.....

Después de una corta tregua, trepando por las tapias, dominamos a los insurgentes y alcanzamos las casas situadas en las riberas de la quebrada de "Miraflores". En este sitio fuimos provistos de cartuchos por el Mayor Rafael Astudillo quien, en automóvil, efectuaba ese importantísimo servicio.

Bajo el puente encontramos cartuchos de ametralladora "Fiat"; y, en una casa, una arma; con algunos individuos sospechosos condujimos aquel material. Cruzamos la calle, trepamos la tapia y nos introdujimos al bosque de cipreses. Eranos imposible continuar el avance. La fracción del destacamento que fuera por el flanco derecho, estaba desorientada, perdida. Nuestra situación,

si no difícil, era comprometida. No teníamos apoyo: estábamos solos.

—¡ Mi Teniente!, le dije al Comandante de la fracción:

Conviene sistematizarnos para la defensa aquí; enviemos un hombre para que se ponga en contacto con la fracción atrasada, le indique nuestra situación, y le conduzca.

Aceptó la insinuación.

Para efectuar el emplazamiento del arma automática y designar la ubicación de los fusileros, procedimos al reconocimiento de la posición.

Y luego, por indicación del señor Oficial, le ordené al Sargento Almeida:

—¡ Váyase e indique a mi Mayor Murgueytio que nos hallamos en Miraflores y que avance sin temor!

—¡ Mi primero, dijo el Sargento Almeida, adelante lo que quiera; atrás, ni un paso!

Y no fue.

Yo, vehemente, indignado, solicité una indumentaria de civil. Villalobos, voluntario de la "Columna 31", me proporcionó. Entregué el fusil y las cananas; me quité el capote, la blusa y la gorra, y, sacando del morral el género blanco que me sirviera de insignia parlamentaria en la ciudad el día Martes, emprendí la carrera en busca de la tropa rezagada.

¡ Nunca en mi vida he corrido como entonces!

¡ Ah! ¡ Cuán difícil ha sido, en esos momentos en que el peligro se cierne, dejar, desprenderse de

su propia fracción y cumplir, solo, una misión cualquiera!

Almeida tenía razón.

La virilidad deportiva, las energías físicas, y la potencialidad de los músculos, son fuerzas que en esos instantes declinan al influjo de otra fuerza más superior: el temor del peligro.....

El sentimiento del deber, ese sentimiento esencialmente personal, íntimo, que se refleja por la estimación de sí mismo, por el deseo de ser mejor, de ser útil, de consagrarse por entero a la misión que le han confiado, es, también, una fuerza que muchas veces permanece oculta en lo más recóndito del alma.... Difícilmente se trasluce.....

Yo emprendí la carrera, más que por el deber, por capricho, tal vez por rencor.....

Y después no sé lo que sentí.....

Corría, y corría sin cesar..... No sé qué me impulsaba.....

Acaso volvería a despertarse en mi ser el deseo de la vida o el temor de la muerte, o quizá, en esos momentos psicológicos del combate, sentiría la inspiración del honor, o tal vez pensaría que esa comisión me impuse voluntariamente, o quizá, exaltado por la necesidad del apoyo moral y material de la fuerza en zaga, correría sin descansar, sostenido por el ansia de llegar pronto, de hacer desaparecer el peligro en el menor tiempo posible..... No sé, no sé, repito, qué fuerzas obligaron a mi espíritu a sobreponerse a la materia..... Corría, y corría desafortadamente, sin volver la mirada..... Y

hubiera continuado, sí, por intuición, no hubiera oído una pitada larga que hizo detenerme..... Jadeante, agotado, pero no desfalleciente, observé en mi derredor..... En el bosque, bajo la enramada, sobre un matorral florecido, contemplé la silueta de un oficial que, según me manifestó después, creyéndome "compactado", había querido, por orden del Mayor Murgueytio, capturarme..... Me dirigí a él. Lo reconocí..... Y, gritando: ¡estoy salvado!, me tendí en el césped tapizado de verdor..... Aquel oficial era el Subteniente Guillermo Cabrera.

Prodigáronme solícitas atenciones; diéronme agua con panela; me ventilaron con los "cubrecabezas" hasta que incorporándome de la fatiga, pude indicar todos los pormenores al Mayor Murgueytio.

En seguida iniciamos la marcha.

Bajamos algunos centenares de metros, cruzamos la quebrada, y, por un sendero estrecho, difícil, llegamos a un camino que conduce a la cordillera, a quinientos metros al Norte de la quinta Miraflores, en donde ramificóse la fracción según "el concepto de acción" del Comandante del destacamento.

Antes de que se iniciara el ataque, regresé a comunicar el resultado de mi comisión al Comandante de mi fracción: Teniente Dueñas.

* * *

Media hora después el ataque se iniciaba en todo el frente.

de una Tragedia

Comandando una fracción de pocos hombres, salté adelante. Crucé la quebrada. El fuego era intensísimo. Todas las casas de la "Ciudadela América" constituían refugios de la muerte. Armas automáticas hallábanse emplazadas en todas y cada una de ellas. Las bajas de la fuerza atacante eran numerosísimas..... Del "Pichincha", según se rumoreaba a pesar del fragor del combate, habían caído muchos: Arellano, Vargas, Rueda, y muchos otros, habían sido víctimas del plomo fratricida..... Muchos de los "pupos" habían también cosechado el fruto de su coraje..... Algunos yacían abandonados en el campo que vomitaba fuego, con las huellas imborrables de las balas homicidas.....

La "Terrible Parca" paseaba triunfante

Y sin embargo, avanzábamos, pero avanzábamos lentamente.....

Muchos iban quedándose..... Seis o siete alcanzamos un pequeño muro derruido..... Nos cubrimos por él, y disparamos furiosos, incesantes..... Y luego..... ¡Oh terror.....! Tronó fiero en mis oídos el plomo cruel..... Me asusté, me conmoví..... Se me heló la sangre..... Temblaba..... ¡Qué terrible es sentir a la muerte tan cercana.....!! Volví a sobreponerme..... Junto a mí, un poco al costado, estaba el cabo Jaramillo abriendo el "cierre del fusil"..... Se le ha ido el tiro, pensé furtivamente..... Le increpé duramente, severamente..... Vaciló el cla-

se..... Confundido, miró el fusil..... Y luego:

—“No he disparado, mi Primero, me dijo: no tengo cartuchos”.

Observé, miré ansioso, convulso, azorado..... Era verdad no tenía cartuchos.....

Concentré la mirada en torno..... A pocos centímetros de mi cabeza estaba la huella humeante..... Había atravesado todo el muro superficialmente.....

—¡Continuar el fuego!, ordené.

Todos continuamos.

El ataque era furioso..... La defensa, tenaz, heroica.....

Las ametralladoras “tableteaban” incontenibles. El momento era álgido, desesperado..... Hasta nosotros llegó el Capitán César Alfaro. Estaba “en traje de civil”. Lo reconocimos..... Su presencia nos infundió valor..... ¡Qué atrayente es el ejemplo de un superior que en el combate se adelanta.....! Entusiasma..... El Capitán se adelantó a un montón de piedras e hizo señales de “avance”. Avanzamos. De ahí saltamos a una pequeña excavación cercana..... Nos cubrimos con la tierra removida y con los adobes almacenados, húmedos..... Algunos se quedaron..... Habían presentido..... Caímos en un “atolladero”..... No podíamos levantar la cabeza..... La muerte cerníase amenazante..... Los de la “Bastilla”, ebrios de terror, desesperados, recurrieron a su último recurso, disparaban “tarros de me-

tralla" que explotaban muy cercanos, con un estruendo desmoralizador.... El fuego de la fuerza atacante hizose más denso.... el combate, violentísimo, cruento, mortífero..... ¡Hasta la naturaleza mostrábase horrorizada ante la furia de la batalla monstruosa.....!! Los truenos de la atmósfera se confundían con el retumbar del cañón cercano..... Llovía. La tempestad era torrencial. El frío iba congelando lentamente nuestros músculos rendidos, desfallecientes..... ¿Cómo guarecerse? Avanzar más, penetrar a las casas inmediatas, era aproximarse a la muerte, exponerse al sacrificio infecundo, estéril..... Retroceder.....? Retroceder, hubiera significado en esos instantes: cobardía, desmoralización, fuga, derrota, vergüenza..... Fríos por la acción de la lluvia espantosa, decidimos permanecer firmes en la acción empeñada, fríos ante la granizada de proyectiles que amenazaban nuestras vidas fatigadas..... Permanecemos inmóviles.....

Yo disparaba de cuando en cuando..... Mi fusil se obstruyó por la lluvia. Oculto detrás de los adobes, sobre la tierra negra, húmeda, helada, lo desarmé para secarle con el generito blanco..... La intensidad del fuego iba disminuyendo paulatinamente.....

* * *

Y luego.....

Siluetas encogidas levantáronse en el contorno de la casona pétrea..... Las puertas y ventanas

abriéronse simultáneamente..... Los hombres, con las armas "en balanza", se cruzaban indecisos..... Algunos bajaban a la ciudadela confiados..... Les disparamos..... No hicimos blanco..... De las casas seguían saliendo hombres armados sucesivamente e iban aglomerándose en las esquinas.....

—Estamos perdidos, nos dijo el Capitán Alfaro.

—¡Retirémonos! le insinué.

Quedamos silenciosos, petrificados.....

Instintivamente, saltamos atrás..... y luego más atrás..... Corríamos ocultándonos en cada tapia que encontrábamos..... Del cuartel nos disparaban intermitentemente..... Llegamos a la ribera derecha de la quebrada de "Miraflores"..... En la quinta había mucha tropa..... Nos miraron temerosos, inquietos..... Les reconocimos: eran los nuestros..... Desconociéndonos intentaron hacernos fuego..... Les hicimos señales con los "cubre cabezas"..... Bajaron los fusiles..... Precipitadamente, descendimos al fondo de la quebrada.....

—¡Vamos al Batán! ordenó el Capitán Alfaro al llegar a la quinta.

—¡Vamos! le dijimos a una sola voz, y, con "paso vivo", iniciamos la marcha silenciosamente. Todos bajábamos temerosos.....

* * *

En los "Campos Elíseos" encontramos fracciones diseminadas que se dirigían al Batán

—Hay orden de replegarnos al “campamento” nos dijeron.

—Allá vamos, replicó el Capitán.

Y, congelados por el frío, demacrados, sucios, hambrientos, continuamos la retirada, callados, pensativos, vacilantes.....

Habíamos terminado la jornada.....

En el campamento, los del Regimiento “Calderón”, hiciéronnos conocer que ya estábamos en paz. Las bases del “Armisticio” según nos indicaban habían sido aceptadas por los beligerantes.....

Una sonrisa de gozo se dibujó en todos los semblantes.....

La noche, en compañía de algunos, pasamos en el lugar ya conocido: la pesebrera.

* * *

El día siguiente, dos de Setiembre, a las nueve de la mañana, en correcta formación, en compañía de los valientes “pupos”, las reliquias del Batallón N° 3 “Pichincha”, nos alojábamos en el Liceo “24 de Mayo”.

Había finalizado la tragedia.....

V I I

Y después ?

Ah, después ? Palpábanse por todas partes las hondas conmociones que se suceden a los grandes cataclismos !!

Por todas partes veíanse los destrozos de la tormenta, las huellas imborrables de la hecatombe monstruosa Por todas partes contemplábase el abigarramiento de semblantes asustados, inquietos, melancólicos, tristes Por todas partes oíanse lamentos de viudas angustiadas y de niños huérfanos abandonados ayes lastimeros y quejumbrosos de madres inconsoladas e inconsolables que lloraban por las pérdidas irreparables de los pedazos de su corazón

En las puertas de calle y en las ventanas de las casas, veíanse crepones que señalaban los vacíos inllenables: de todos los que fueron en una asonada obscura, y por obscura; cruenta e indefinida, la más cruel de cuántas han sembrado de miseria y lágrimas este suelo tan querido y tan necesitado de héroes de paz y de concordia !!

La multitud de cuerpos mutilados, deformes,

malolientes, que yacían con heridas incurables en los "hospitales de sangre", o abandonados en los senderos abruptos de la travesía funesta, eran visiones macabras, reales y objetivas de los estragos de la tragedia horrenda.....

¡Por todas partes veíanse escenas de dolor que conmovían.....!!

* * *

Y sin embargo, los regueros de sangre de los cuatro días de batalla ininterrumpida, tenaz, del combate encarnizado, atroz, que aniquilaran los espíritus y abrumaran de cansancio los cuerpos fatigados, rendidos, habían sido impotentes para fecundizar el árbol de la Paz, cuyos frutos mostrábase veleidosos, huraños, esquivos.....

El triunfo, la victoria de las armas leales, ensombrecidos por los egoísmos y pretensiones de la masa aferrada, habían despertado odios y rencores, y esparcido en el ambiente, cual de un volcán en ignición, el virus corroído, la lava destructora de la venganza, palpitante en el pecho de cuántos, impávidos de su propia obra, miraban en el "Ejército Restaurador", el dique formidable que contenía la corriente impetuosa y turbulenta de locuras sin ideal y sin bandera alguna.....

Quito, ciudad que había palpado muchas escenas de ignominia y deshonor, y que otras tantas había sido la incubadora de cruzadas gloriosas en

aras de la Libertad, era a la sazón, el cráter de un volcán en plena actividad.....

El desorden y la anarquía, muy propios de esos sacudimientos horribles, minaban su estructura social con ese torbellino impetuoso de bajas pasiones insatisfechas.....

La amenaza oteaba, desafiadora, en el cielo de la viril ciudad, cuna de acciones heroicas, de gestos legendarios, de sacrificios gloriosos.....

Terminada la formidable erupción de sangre con su cortejo heterogéneo de horrores y de miseria; extinguidas las lenguas de fuego de los fusiles, ametralladoras y cañones, habían quedado flotando en el ambiente, a borbotones, los ennegrecidos nubarrones del egoísmo, la ambición y la perfidia.....

Y la Paz, máxima aspiración de la ciudad convulsionada, mártir, y de los intrépidos defensores del honor de la República para recuperar el despilfarro de las energías inútilmente agostadas, mostrábase indecisa en ese ambiente de vacilación, de duda e incertidumbre manifiestas.....!!

* * *

Yo permanecía pensativo: divagaba incierto....

Sentía una pena impalpable y misteriosa al contemplar desplomados del árbol, y despojados del ramaje, cual hojas secas del viento entre las frondas, a los seres que formaban el cálido consorcio familiar del Batallón..... Habíanse tron-

chado muchas esperanzas, agostado prematuramente muchas vidas.....!!

....Cruentamente desgarrado por los zarzales del camino inmenso, probaba la infinita tristeza de la orfandad aglomerada en el portal pétreo del cuartel arruinado, y bebía el cáliz amargo de la incertidumbre.....

Acaso, me decía, divagando conmigo mismo, soy el autor de una muerte, de muchas muertes....

Un vago remordimiento destrozaba mi corazón: estaba inquieto, taciturno, melancólico.....

La meditación surgía espontánea de mi alma....

Todo mi sér se concentraba en el teatro de la lucha.....

Lo recordaba todo.....

Los bosques, las zanjas, la tierra removida, objetivos que los había batido con mis fuegos, los veía, palpables, en su lucubranante realidad..... Las casas amenazadoras, a las cuales, en el estremecimiento y exasperación del combate, había ordenado concentrar el fuego de mi fracción; los jayes gemebundos, lúgubres!; los gritos tétricos, miedosos, clamores de la vida que se aproximaban a los abismos insondables de la muerte, se reflejaban en mi interior con una certeza conmovedora..... Palpablemente, miraba el abigarramiento de los soldados que se precipitaron confusos por las verjas del jardín de la casa cercana a la plazoleta de San Blas; lo veía convulso el cuerpo abandonado en la vereda; recordaba el gesto heroico de caballero audaz..... Los cadáveres

desfigurados que los había encontrado al cruzar los senderos abruptos y las avenidas de rosales florecidos, en Ichimbía, se dibujaban ante mis ojos con visiones macabras, espeluznantes..... Y aquello me torturaba el alma..... Mi frente se cubría con velos de tristeza, y la vacilación, y la duda, y el remordimiento, iban, restando mis energías, agotando mis fuerzas y aumentando la incertidumbre de mis primeras horas de sosiego....

* * *

Una carta recibida en mi alojamiento, aumentó mi remordimiento.....

Aquella carta era el brote espontáneo de un corazón hermano, que, desgraciadamente, había actuado en el bandó contrario.....

Desde luego, no era éste un caso aislado.

Eran muchos los padres, hermanos, parientes y amigos que habían luchado con ardor en filas opuestas.....

El Teniente Rueda comandó a la tropa insurrecta de la "Bolívar"; Rueda, Sargento 2o. del Batallón "General Córdova", había caído acribillado a balazos en la defensa de la "Bastilla"; y Rueda, cabo 2o. del "Pichincha", cayó herido en un gesto valeroso en el ataque al Sanatorio. Los tres eran hermanos. Hermanos enemigos, dos contra uno por cruel ironía del destino, los tres hicieron, en sus filas respectivas, honor a su nombre.....

Y como aquél, habían muchos casos análogos, conmovedores.....

“Por casualidad llegué a saber que tú has salido ileso de la refriega, me decía mi hermano. Nada sé de tu comportamiento. Conozco sí, desde antaño tu entereza y tu sentir, y no dudo, aunque tus esfuerzos hayan estado al servicio de una causa injusta, que tu actuación sería como cuadra a un hombre de honor. Si así ha sido, quizá pronto veré compensadas tu abnegación y tu constancia. Me complacería aquello. Ojalá el brillo de tu bayoneta no se halle empañado con el destrozo de vidas inocentes, ni el nuevo galón lleve salpicaduras de sangre hermana.....”

Estas últimas palabras me impulsaron a la meditación..... Procuré reconcentrarme en mí mismo, y auscultar, sereno, los actos de mis horas de tragedia..... Nada me acusaba.....

Ventajosamente enrolado en las filas de un Batallón de historia limpia y tradiciones honrosas, guiado por superiores dignos, había seguido el camino recto, sin dobleces ni convencionalismos funestos: nada ensombrecía mi actitud.

El “Pichincha” como fuerza colectiva y los del “Pichincha” como ciudadanos, como soldados que teníamos la ineludible obligación de satisfacer nuestros deberes con la persuasiva rectitud de

hombres convencidos de su misión, terciamos en la lid, no por imponer el predominio de la ambición que intentaba minar la estructura nacional, ni por intereses mezquinos, sino por coadyuvar a mantener el orden y la paz en la República y por restablecer el principio de autoridad y la disciplina en el seno de la primera Institución Nacional: luchamos por el honor de la Patria y por el honor del Ejército. La causa era justa: nada nos acusaba, nada me acusaba.....

Como soldado, cooperé con mis esfuerzos a conquistar el triunfo de la Razón y de la Justicia: el principio inmutable de la Razón que vela por el bien de la colectividad, el imperio de la Justicia que enaltece y eleva el honor de la Patria.....

Venimos a la guerra por esta causa sublime....

Y la guerra lleva en sí un espíritu de destrucción, de terror, de muerte.....

El combate es ataque y es defensa: lucha entre dos voluntades que quieren vencer.

Vencer es avanzar.

Para avanzar es necesario abrirse paso matando.

Matar es aniquilar al enemigo.

Matar es defenderse.

No hay más filosofía.

El triunfo, la victoria, no se consiguen sino con la destrucción moral y material del enemigo.

Empeñados en el combate, para alcanzar este fin, teníamos que guiarnos por el deber: obrar y sacrificarnos por el deber.

Y, acosados por el temor a la muerte y por el

deseo de vivir, teníamos que guiarnos por el instinto: acallar el fuego con el fuego.....!! ¡Conservar la vida destrozando muchas vidas.....!!

Se empañaría mi conciencia, si en el combate he ocasionado la muerte a alguno o algunos.....?

* * *

Abrumado por este cúmulo de cavilaciones, pensé, ávido, en la calma de la casita luengos años abandonada.....

Y obtuve el permiso....

Y me fui a ella....

Habían pasado algunos años, muchos años....

Apretujado en la butaca del convoy, ensimismado en su recuerdo, durante el trayecto, la veía como cuando la dejé.....

Al llegar, sentí un enorme desconsuelo.....

Alejado del laberinto ruidoso del pueblo, la casita campesina se posaba en el mismo sitio.... Pero, ya no respiraba el agradable ambiente de antaño, ni conservaba el ritmo sonoro de las dulces horas que se fueron..... Una sombra gris, tétrica, miedosa, circundaba al alegre solar de los días mejores..... Huellas de tristeza y de dolor se contemplaba por donde la mirada se dirigía.....

Todo estaba vacío....

de una Tragedia

Nada de lo que amé con cariño fraternal, con amor de niño, con amor de ángel, tenía el esmalte de belleza, ni ese aspecto natural y sencillo que caracterizaba a mi hogar querido.....

Mi padre estaba doblegado por el peso de los años.... Sólo su cariño conservaba la vigorosidad de su adolescencia.....

Las ancianas viejecitas que frente al cuartito y al pie del rosal solían contemplar mis cotidianos juegos infantiles, habían desaparecido, no existían.....

Los hermosos nogales bajo cuya sombra me guarecía, habíanse tronchado al golpe rudo del hacha inmisericorde.....

La frondosa higuera bajo cuyo abrigo reposaba aspirando el odorante perfume de la floresta, impotente para resistir el descenso estrepitoso de la enramada, se había tronchado por el golpe implacable.....

La pequeña y solariega chocita de paja, siguiendo el Sino de su querida muerta, se había desplomado por el suelo, para siempre, para no levantarse jamás.....

Del hermoso saucedal, apenas uno se mantenía en pie, frío, silencioso, deshojando como lágrimas sus leves hojas funerarias, y diciendo, con el lenguaje mudo de las cosas, y con el macilento batir de sus alas, el duelo de la primavera muerta.....

Todo había desaparecido.....

En el corral, bajo el chirimoyo, unas pocas aves.

domésticas lucían su plumaje multicolor.....

Los floripondios yacían marchitos.....

De los frutales de la parcela, sólo un limonero aromatizaba, con el perfume de sus azahares, el ambiente desolado.....

El guabo y el carrizal, y los pocos árboles diseminados en forma aislada, no ofrecían, en el orden material, ese atractivo halagador que volvía risueño al hogar.....

Sin el frondoso ramaje de los árboles, no se oía el suave rumor de las hojas movidas por el viento, ni se veía el revolotear de las aves que alegraban la casona con la dulzura de sus trinos.....

La soledad se había enseñoreado: ni un cántico, ni siquiera el ruido de una avecilla que vuela en busca de abrigo, alteraba el silencio de la estancia tapizada en parte por el verde matiz del alfalfal, y aromatizado con la fragancia de las flores de los huertos vecinos.....

Todo estaba desierto.....

La alegre chocita campesina donde serena se deslizó mi adolescencia, estaba gris, vetusta, carcomida por el tiempo.....

Todo estaba triste.....

Nada me halagaba.....

La calma que busqué se confundió, ufana, ante la visión palpitante de los recuerdos lejanos.....

Y, sobre un montón de hojas secas, estrujando entre mis manos los pétalos de una rosa caída, junto a la "fragante advenediza" que se conserva co-

mó una reliquia, calladamente, con la mirada fija en los arreboles del ocaso, fugitivo de la Tragedia de Sangre, principié a vivir la Tragedia de las esperanzas idas, la Tragedia de las realidades muertas.....

* * *

Algún día, de los escombros, de ese hacina-
miento de ramas caídas, de ese montón de hojas
secas y flores marchitas, humedecidas con las lá-
grimas de las consolaciones y alimentadas con el
rocío de sangre, que son savias fecundantes, sur-
girán, más bellas que ese mundo de bellezas muertas,
dos fuentes misteriosas que serán el compendio
de esa hecatombe ignominiosa; dos fuentes a
las que debemos consagrar toda la divinidad de
nuestros esfuerzos porque en ellas germinarán las
florejillas que han de ornar las guirnaldas del pen-
samiento que es Idea, y que, bajando del cerebro
al corazón, se torna en sentimiento, y del senti-
miento, que, elevándose del corazón al cerebro, se
transforma en Idea; dos fuentes a las que debemos
acercarnos reverentemente, para buscar el secreto
urgando sus recónditas entrañas, hasta llegar a
comprenderlas, porque ellas son las surtidoras de
la Belleza Ideal, ya que en la vida de las Democra-
cias nada hay más Ideal que la Armonía y la Con-
cordia.....

Estas dos fuentes vivas surgirán del alma de las cosas muertas.....

¡En estas dos fuentes germinará el árbol de la Paz.....!

¡Acerquémonos, reverentemente, a esas dos fuentes.....!

¡Rindamos culto fervoroso a la Paz.....!

— F I N —

I N D I C E

	Pág.
DEDICATORIA	5
AL LECTOR	7
Capítulo I—Evocaciones de una Tragedia.	
—Viernes 26 de Agosto. —	
Sábado 27	9
Capítulo II—Ibarra.—Domingo 28	21
— III—Lunes, Alborada del día 29..	31
— IV—Martes 30 de Agosto.. . . .	51
— V—Miércoles 31	73
— VI—Jueves 1º de Setiembre	87
— VII—Y después.....?	101